

VAMOS

ORGANO DEL COLEGIO MINERVA



Colaboran en estos números 5 y 6.

Domingo García Sabell.—Ramón Lugiés.—Baldomero Cores.—José M.^a Zubiaur
R. L.—Benito Varela.—José Luis Allué.—José Diz.—Jesús Suárez.—J. P.—Francisco
Río Borja.—Francisco Otero.—M. Orosa.—M.^a Isabel Peleteiro.—M. Castro.—
G. Pardo.—Gumersindo Fontán.—Jesús Tobío.—Pedro Pereira.—Angel M.^a
Beiras.—Fernando Baltar.—Abelardo Moralejo.—Fernando Castromil.—Juan
Carlos Goñi.—Julio Estévez.—J. P.—Esther Fernández.—Mavice y G. Pardo.

Vino de mesa "Alvaríño Fefiñanes" Viajes MELIA. - General Franco, 26

Tiempre plenas de licores,
las mesas de sultanes,
príncipes y embajadores,
sacan vino «Fefiñanes»
al ir a hacer los honores.

Es «VIAJES MELIA» una agencia
de probada seriedad.
El elogiar su solvencia,
su atención, su competencia,
es un canto a la verdad.

SANATORIO SAN AGUSTIN
Dr. JOSE PUENTE CASTRO

Camino tranquilamente;
llega un auto acelerado,
se desvía de repente
y... ante mi don José Puente,
que dice: «Lo hemos salvado

Bar Ribadavia. - FRANCO. KSADO. Fotógrafo. - Rúa del Villar, 23

Es mi oficio bello y mudo:
mármol y granito esculpo.
Cuando el trabajo es muy rudo,
al Bar Ribadavia acudo,
por el vino y por el pulpo.

¿Esta profesión es arte?
Si cavilas sobre el tema,
verás que es verdad en parte;
ve a Ksado a retratarte
y te resuelve el problema.

CAFE BAR CANTABRICO
GENERAL MOLA, 18

Después de mi larga ausencia,
al «Cantábrico» volví,
¡Ay, Ramón! ¡Qué diferencial
No he hallado tal suculencia
como la que encuentro aquí.

FINSA. - Financiera Maderera, S. A.

Es hoy FINSA un anagrama
que corre Galicia entera;
toda la región proclama
que alcanzó cumplida fama
por su excelente madera.

TALABARTERIA VEIGA. - Senra, 9 Agencia Dodge. - Garage Americano
Maletas, carteras, objetos de viaje
CONCEPCION ARENAL,

Magníficos cinturones;
de fútbol muy buenas botas;
medias, blusas, pantalones,
un gran surtido en balones
y ¡hay qué ver cuantas pelotas.

Manuel Liste, Manuel Liste,
de Concepción Arenal,
que gran acierto tuviste
el día que me vendiste
quella diferencial.

Internado del "Colegio Minerva"

Gral. Franco, 86-88. - 2.º drcha.

El Director se ha hecho eco
de paternal pretensión
que pide en su casa un hueco
antes de ir a una pensión.

Ha alquilado hermoso piso
de edificio ultramoderno,
donde el alumno, sumiso,
puede alojarse de interno.

Hay mucho solicitante;
las plazas escasas son;
el que se inscriba delante
verá tranquilo el instante
en que llegue el aluvión.

IMPRENTA

YRAGO de ROMERA

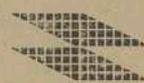


Facturas - Cartas - Recibos

Tarjetas - Recardatorios

Cheques - Libros e Impresos

de todas clases



Calle Nueva, 8

Telf. 2180

Santiago

VAMOS

ORGANO DEL
COLEGIO MINERVA

Núms. 5 y 6 — Santiago de Compostela, Abril y Mayo 1953 — Redacción GRAL. PARDIÑAS

Editorial

Ser joven es sentir dentro de uno mismo como una presencia extraña. Comienza el mozo por no entenderse del todo y concluye, a fuerza de desorientación, por notarse raro, por no acomodarse bien en su propia interioridad. La auténtica inquietud con que se inaugura la vida reflexiva e independizante de la adolescencia tiene siempre un matiz de trabajo afanoso para romper un enigma que se alza, oscuro y omnipresente, sobre los pliegues recónditos de la intimidad. El joven, el verdadero y valioso, es, en esencia, un problema acuciante, antes que para nadie, para sí mismo. El joven no «se sabe» y, en ocasiones, ni siquiera «se sospecha». De ahí las sorpresas, de ahí las salidas de tono, las distorsiones de las que es el autor impremeditado y, al propio tiempo, el espectador estremecido. Como aquél personaje de la comedia inglesa, él también puede decir: —«Yo estoy siempre asombrándome de mi mismo».

Cada muchacho buscará, si es capaz de acusar esa vivencia de su personal misterio, la salida clara, coherente, digna. Y siguiendo, individualmente, característicamente, una luz de preferencias y una penumbra de desdenes. En definitiva, el sostener esa línea y ahondar en ella no es otra cosa que la vocación. Estar vocado para algo significa, a la postre, el estilo inconfundible con que cada cual va, a lo largo de la vida, desenmarañando la urdimbre confusa y en apariencia caótica de su hermético ser. Por eso, en una primera etapa el joven pretende conocer y abarcar todo y dar a sus ideas un acento terminante, unívoco, acabado. Mas no percibe que así se afirma, a veces con simpática petulancia compensadora de profundas desazones, sobre un limo resbaladizo de inquietud y ansiedad. Tropieza con un muro que va con él. Marcha a tientas, sin posible brújula.

Poco a poco, la vida, los libros, la amistad y la meditación irán abriendo un camino hacia el deseado puerto del autoconocimiento. Y el misterio inicial, que era casi absoluto, comenzará a reducirse, a empequeñecerse, a perder posiciones. Que ganan el esfuerzo y el rigor de todos los días, a veces por modo humilde y heroico, en ocasiones placenteramente y siempre con un tono dramático de crisis y superación.

Pero la conquista nunca es, por fortuna, total. Siempre ha de quedar, mínima o grande, una parcela del enigma que será el acicate de la fecunda, noble fuerza del hombre, su legítimo título a la madurez honestamente creadora. Vale el viejo, contra toda apariencia, por lo que le queda de joven en el espíritu, es decir, por lo que le queda de inédito y original, por lo que no ha salido a la luz del discurso, al estremecimiento de la sensibilidad o al juicio reposado de la experiencia. Y vale el joven por lo que aún ignora pero que oscuramente adivina, por su capacidad de súbita sorpresa realizadora, por su impulso de visión interior.

Por eso es conveniente que los jóvenes dispongan de un punto de autonomía y puedan gobernarse con sus fuerzas intactas. Es un aprendizaje para el rescate de la persona, huidiza, esquiva y cerrada en su oscura fortaleza. Y es, sobre todo, un primer asedio en torno a ciertos valores que solo las tareas del espíritu otorgan cuando la mocedad los solicita.

Rescate y conocimiento, alegre rigor y vocación entrevista. ¿A qué pedir más? Contemplemos con respeto y simpatía la labor tanteadora de los que ahora se asoman a la vida. Y asistamos, quizá secretamente conmovidos, al comienzo de un monólogo—el de cada cual—que, más o menos rico, intenta comunicación generosa con los demás en un desprendido esfuerzo por el diálogo honrado.

¿A qué pedir más? Emocionante espectáculo ofrecido por los nuevos a los mayores como para reavivarles lejanos, ingenuos y entrañables recuerdos.

¿A qué pedir más? ¿No escribió don Miguel de Unamuno que quién no tiene recuerdos, no tiene esperanzas?

DOMINGO GARCIA SABELL.

FE DE ERRATAS

Página 3, 1.^a columna,
3.^a línea, dice: Terrorismo.
Debe decir: Retorismo.

Carta a Gustavo Balboa.

EN FORMA DE LECCION A NUESTROS CRITICOS

Querido amigo:

Después de mucho vacilar, decidí escribir esta carta porque considero capitales los problemas que en ella voy a tocar. Te escogí a tí como corresponsal porque, de paso, verás como tenía yo razón cuando en cierta ocasión afirmaba que la política es la base de sustentación del mundo.

El juego político nace cuando se enfrentan dos opiniones. Y nuestra opinión, nuestro modo de ver el mundo y de actuar en él, tiene muchos —y por veces peligrosos—enemigos.

Ahora recuerdo que hace algún tiempo quise escribirte una carta hablándote de la rectitud en la actuación política. Pero hoy quiero suponer que todos nuestros críticos obran de buena fe.

En ocasiones, causamos un poco de asombro. Nosotros—tú, yo, nuestros amigos—vamos, al parecer, un poco contra la corriente imperante en el mundo. Primeramente, nos miran—repito—con asombro. Luego, terminan por reírse, los tontos, o por oponerse, los demás. ¿Qué es lo que pretendemos? Parece como si no nos percatáramos de que la política tiende a los grandes conjuntos de acción, de que hoy se camina anhelantemente hacia el universalismo en todos los órdenes. Por otra parte, cuesta trabajo creer que nosotros nos dediquemos sinceramente, auténticamente, a construir algo en apariencia tan insignificante como la cultura peculiar de un pequeño rincón del occidente. Y lo que más extraña es que, en medio de todo eso, afirmemos nuestra fe en el europeísmo, ponga por caso. ¿Cómo podemos conjugar nuestras creencias con estas nuevas corrientes?

Todo el asombro, toda la aparente contradicción, provienen de un lamentable error que padecen nuestros antagonistas. El error consiste en querer medir las cosas del espíritu con una cinta métrica, en valorar la cultura como una cosecha de patatas.

¿Pero cuál es la cultura que defendemos? ¿Qué representa en el panorama de Europa? ¿Vale la pena cultivarla?

Estas son las preguntas que pueden formularse nuestros críticos. Esta carta quiere ser un esbozo de respuesta a cada una de ellas.

Nosotros afirmamos con nuestra actuación la existencia de una cultura peculiar de nuestro pueblo, la existencia de una cultura gallega. Demostrar que existe una cultura típicamente gallega es fácil; verdaderamente, no necesita demostración. La presencia viva, quizá asombrosamente viva, de una lengua gallega es prueba suficiente de nuestra afirmación cultural. Una lengua es un vehículo de cultura; más aún es cultura en sí misma. Porque las lenguas son creaciones del espíritu. Si existe una lengua gallega, existe un espíritu gallego. Y hoy nadie pone en duda la existencia de nuestra lengua.

Este espíritu gallego fué creando, a lo largo de la historia, una cultura, floreciente a veces, retraída en el sagrado de los hogares campesinos, en otras, pero siempre con unos caracteres básicos que hoy vamos descubriendo con admiración. Sobre ésto hay abundante literatura, y no es del caso enumerar ahora caracteres y hechos que demuestran su existencia.

¿Podemos decir que nuestra cultura es floreciente? No. En realidad, hoy padecemos una apremiante

necesidad de muchas cosas que nuestra cultura no puede ofrecernos inmediatamente. Pero esto no quiere decir que carezca de valor. En realidad, lo que ocurre es que nuestra alma está inédita. Aun no hemos llegado a desenvolver sus posibilidades. Y ésto es así porque—hay que reconocerlo—pocas veces hemos actuado en la vida cultural como gallegos. Pero, por lo mismo que tenemos un espíritu—como quien dice—sin estrenar, podemos presentarnos ante el mundo, ante nuestro mundo europeo, con unas posibilidades creadoras que otros ya han perdido, o que está en trance de agotar.

Esto que vengo de señalar sirve para probar que el cultivo de nuestra cultura no es tarea vana. Sí, vale la pena incorporar nuestra cultura al mosaico cultural europeo. Tal vez hace un siglo cabría dudarlo. Hoy, con sólo volver la vista al camino recorrido, podemos convencernos del valor de nuestra tarea.

Parecerá un poco aventurado el afirmar que nuestra cultura puede satisfacer plenamente el ansia de superación del mundo. Sin embargo, yo tengo fe en el rico yacimiento de posibilidades que en la entraña de nuestro pueblo espera con paciencia de siglos la llegada de la piqueta liberadora.

Y ahora llegamos a otra cuestión que yo apuntaba al comienzo de esta carta. ¿Cómo podemos conjugar esta nuestra tarea de construcción cultural con las más recientes tendencias de los pueblos europeos? A primera vista, esto constituye un serio problema, pero si nos fijamos bien pronto veremos como en realidad no existe.

En efecto, Europa, la Europa unida, es, ante todo, una afirmación cultural. Pero ésto no significa la muerte de las culturas peculiares de los distintos pueblos del continente. Antes al contrario, la cultura europea sólo tiene sentido si afirmamos la totalidad de esas culturas, pequeñas o grandes, gastadas o en trance de formación. De lo que no puede hablarse es de una cultura europea uniforme. Fácil es ver los caracteres comunes que unen todas nuestras culturas en ese gran cuerpo europeo que ahora quiere tomar forma política, pero más fácil aún es ver las diferencias que las hacen inconfundibles. Es así como yo veo la posibilidad de una integración de nuestra cultura en esa gran Europa nueva.

Vemos, pues, como no existe ese problema de incompatibilidad. Lo que se necesita es no confundir la cultura con el Estado nacional, independiente y dueño de sus destinos. Esto es lo que nosotros—como jóvenes europeos—negamos. Es una terrible falta de visión el no concebir una personalidad cultural ajena a una personalidad nacional, que no pasa de ser una creación de la cultura. La nación es una creación de hombres; otros hombres pueden negarla si es que no sirve eficientemente al momento histórico.

Nosotros hemos nacido a la vida en momentos muy difíciles para el mundo. Nos hemos encontrado, de buenas a primeras, por una parte, con un conjunto de instituciones que se venían al suelo y, por otra, con la testaruda obstinación de los viejos a no querer darse cuenta de tal derrumbamiento. Hemos querido buscar nosotros mismos un camino no hallado. Hemos hurgado en nuestro interior y dimos

(Pasa a la página 19)

JUVENTUD, DIVINO TESORO

No está mal referirse a las perspectivas de un problema hartamente manido como el de la juventud. Tanto se ha insistido con respecto a la cuestión, anegándola en terrorismo inconsistente, que se pierde la noción recta de su esencia. Esencia que ha de inquirirse con celo, porque es crucial la importancia de su consecución.

El hombre se va haciendo, gota a gota derramando, en los más efímeros instantes de la existencia. Cada actuación, sea consciente y voluntaria, sea inconsciente o motivada por reflejos, revzlan indefectiblemente la personalidad de quien la realiza.

Esta continua forja de la personalidad, dinámica y penosa, exige esfuerzos denodados. De esta exigencia, con su resolución, a costa de perenne ejercicio, surge la culminación de la obra, logrando la perfección de la personalidad.

En tridual conjunto de condiciones se completa la actividad del individuo si pretende tener plena consciencia de la trascendentalidad de su existencia.

Una íntima, introyectiva, en la cual el sujeto pensante se modela por sí mismo tendiendo a la contemplación axiológica. Es cuando se hace las eternas preguntas, esculpidas con ígneos caracteres en el sublime templo de la filosofía. ¿Qué soy? ¿Quién y para qué soy?

El hecho de plantearse tales interrogantes significa avance ostensible en la satisfacción de esta inquietud. Extrañarse, dice Ortega, es empezar a comprender.

Una segunda postura, más íntima, más belicosa, es la situación del sujeto ante la sociedad. Y, como consecuencia de la contextura social, significa oposición, tanto para liberarse de su tiranía, como para mejor conseguir su autenticidad.

Esta tercera posición ante la sociedad se legitima por la fuerza disolvente de la masa, a la que no quiere rendir honores. La masa, con ignorancia de su destino teleológico y terreno, tiende a involucrar los más egregios espíritus. La coexistencia se hace penosa. Todo ser por instinto, reflejos de su conservación, tiende a la vitalidad. Atentar contra ella origina lógica reacción. Y si no prevé enemigo, deviene la angustia.

El alma noble pugna por una liberación de las ataduras sociales, condensadas en los hábitos e imitaciones, como quería Tarde. Por todo lo que pueda despojarle de su consciencia. Pretende repensar lo que ha sido pensado, proporcionándole siempre un sentido particular. No lo admite, pese a su tradición, sin previa constatación en la marmita de su consciencia.

Esta liberación no supone aislamiento. No se reclama misantropía inhumana, si vale la paradoja. Puede coordinarse su acción con la de la sociedad. Del misterio del alma fluyen efluvios de insospechada energía capaces de captar lo próximo. Y esta será siempre nobilísima aspiración de la juventud.

He aquí los primordiales estadios en la captación de lo juvenil. No basta con reunir gregariamente jóvenes cronológicos, pero vistosos psíquicos, sino que se han de buscar jóvenes portadores de estas primarias esencias.

A la juventud se la engaña en el mundo con inocuo discursismo. La política tiene, en todos los pueblos, como importante paradigma, jugar con la juventud. En aras de facción se suprime lo volitivo. He aquí por qué se masifica.

No importa llevar la juventud a la duda. Basta, y no es poco, con pretender que piense. No es leal dictarle tiránicos el camino, ya que es tanto como desconfiar de sus posibilidades.

Procurar que se formule esas perennes interrogantes, valiosas en lo metafísico y en lo político. Pero jamás imponérselas. Si lo que se predica es lo cierto, la juventud, no vencida por el virus de la realidad mundana, acudirá solícita a la cita de la verdad. Así se explica la ascendencia de Unamuno y Ortega sobre la juventud. Supieron ser fieles a sus consignas abriendo cauces, sembrando perplejidades, cosechando inquietudes.

El tóxico gira en torno a la juventud con análoga pérvida intención que el ave rapaz merodea el nido indefenso de la grácil avecica. Se adueña de la cómoda espiritualidad. Y si algún joven se siente impulsado por tales argumentos estentóreos, de predicación fraygerúndica, se percata del engaño en la hora de la acción.

Es mejor sembrar ansias de perfección individual. Y no es egoísmo. Con ello se evita que una única idea sea quien modele y enquiste las almas. De esa quitina crustácea no podrá evadirse jamás. La acepta inconsciente, sin entusiasmo ni deseo. Más que un dirigismo cerril, deprimente en lo intelectual y antipolítico, es preciso atraer la juventud sin coacción. Sin espectacular propaganda. Sin un designio meditado. Hacerle ver que todo lo que el espíritu humano produce es aceptable. De los errores surgen las verdades, si no se encierra en asfixiante egoísmo. En las dudas, se genera la afirmación metódica, en evolutivo proceso hacia la verdad.

En estas condiciones climáticas puede la juventud realizar su misión humana, individual e histórica.

La juventud es, por esencia y constitución, forjadora de tra-

diciones. Para realizar tan hermosa tarea, según hemos afirmado en otro lugar, cuenta con la visión actual, nueva y presente de la realidad, con más capacidad de trabajo, más entusiasmo y, pues también hace falta, no pequeña cantidad de osadía. Sólo cuando es anémica, y carece de estas condiciones, puede parasitar de viejos tiempos.

Tradición no supone seguir ciegos los dictados históricos. La historia es una pauta no vinculante. Por esto la tradición en el sentido vulgar y corriente no tiene de dinámica más que el nombre. El hombre contempla los objetos con perspectiva distinta en cada época, procurando evolucionar, mas nunca estancarse o retrogradar.

Si en nuestra hora se habla tanto de generaciones—diría de burdas generaciones—no estaría de más meditar sobre algunos aspectos de tan extensa y proteica problemática.

No hay que matar la vida de la juventud. Hay que resucitar su muerte. La vitalidad juvenil es el punzón con que los pueblos van escribiendo, aún en los más anodinos momentos, la cerúlea tablilla de su historia.

Hölderlin cifró la gloria de su pueblo en la elevación de la juventud. Pero, si la juventud tiene por principio básico la sinceridad, con dimensión honrada y plena de su actuación, puede decirse que ha madurado. Y al madurar, y no antes, podemos asegurar que no ha de ser raquílica sino elevada y noble, inquieta y activa en la forja del capitel vital que la historia le asigna. Lo demás es farándula verbal.

BALDOMERO CORES TRASMONTE.

¿QUE ES "LA VIDA"?

Esta mañana mientras paseaba por una de las innumerables plazoletas de esta ciudad, y viendo un corro de alegres rapazuelos que corrían y jugaban animadamente, caí en la meditación que, si Vds. me perdonan, narraré a continuación.

Mientras iban y venían dejando tras sí una gran algarabía de alegres gritos, observé en ellos, cual si fuera un pulido espejo, la juventud de antaño, pensando que en aquellos que indolentemente jugaban se ocultaba un hombre del mañana, un anciano del futuro y más tarde un montón de ruinas humanas que sólo servirían para dar trabajo a los sepultureros.

Ideas escépticas, pero es la verdad.

La vida es cruel, triste y amarga, escondiendo traidoramente tras las pequeñas alegrías, enormes tragos amargos, con los que acostumbra a recompensar a los que la aman hasta el exceso.

Por eso y mucho más, me pregunto yo también que es el afán de vivir pronto, como muchos dicen. El tiempo, ese cruel mensajero del fin último, pasa igual para todos, siendo cada día que transcurre uno más en el Debe y uno menos en el Haber.

Somos al igual que el hierro, de joven fuerte y tenaz, más con el tiempo el mundo exterior lo carcome, llegando a ser de aquello que antes era persistente, nada más que un montón de ruinas que, al mas leve envite, se desvanece en mil pedazos, teniendo que ser substituido por otro nuevo.

Pues bien, este hierro que substituirá, que substituiremos al ya cariado acero de antaño, somos nosotros y serán nuestros sucesores.

Es, pues, la vida una lucha, en la que, después de estar en la cumbre, hay que descender al abismo de lo ignoto, para dejar paso a las generaciones venideras. Y mientras tanto, el hombre transcurre indolente por ella, sin pensar que ésta es un tránsito y que no somos más que instrumentos en manos de Dios.

JOSE M.^a ZUBIAUR, 5.º curso.

LIBROS

JOSE MIGUEL DE AZAOLA: *Complejos nacionales en la historia de Europa* Colección «O crece o muere». Ateneo. Madrid, 1.952.

Es inevitable. Llega un momento en que nos preguntamos cual es nuestra posición frente a toda esa gama de conceptos—medio sentimentales, medio políticos—que siempre nos fueron presentados como intocables. Me refiero, concretamente, al llamado sentimiento de lo nacional.

Es inevitable, porque vivimos unos tiempos de revisión total de los cimientos del mundo. Y el concepto y el sentimiento de nación ofrecen un interés especial a los ojos iconoclastas de la política.

No obstante, hace falta mucha valentía para enfrentarse abiertamente a los defensores de «la sagrada honra nacional», personificada en las fronteras, en la tradición del ejército y en la autodeterminación del Estado. Y esa valentía la ha tenido José Miguel de Azaola agitando con sus palabras desde la tribuna del Ateneo el ambiente cultural de Madrid y ahora el de toda España desde las páginas de su libro.

Azaola hace europeísmo —verdadero europeísmo—atacando los problemas en su raíz. La raíz de los problemas de Europa, como comunidad de destino, está en la irreductible división nacionalista. Por eso debe ser atacado el nacionalismo, cualquier clase de nacionalismo. No sólo el que se ha dado en llamar *disgregador*, sino el que los adorados de la nación llaman *integrador*, tipo francés o español.

A través del libro, se va haciendo un estudio de las características del nacionalismo y de sus pretendidas razones de ser, haciendo hincapié en un aspecto fundamentalísimo del problema: las rencillas entre las naciones. Las naciones no llegarán nunca, por más que se quiera, a un verdadero acuerdo entre ellas. Se creen mundos aparte y no quieren ver los lazos de hermandad que de hecho las unen: procuran hacer resaltar solamente aquellas notas que las diferencian. En realidad, es una cuestión de vanidad colectiva.

Cada nación se considera la salvadora de la humanidad. Porque, como dijo Paul Valéry: «...las naciones hallan en sí mismas... motivos para preferirse... Hay naciones que sólo tienen

en las manos triunfos de la Edad Media o de la antigüedad, valores muertos y venerables; otras cuentan con sus bellas artes, con sus paisajes, con sus músicas locales, con sus gracias o con su noble historia».

Y por encima de todo esto—viene a decir Azaola—queda la espinosa cuestión de los rencores. Lo que pudiéramos llamar—por extensión—la cuestión de las *Leyendas negras* nacionales. Como ejemplo claro y cercano tenemos la continua queja del nacionalismo español contra la «Leyenda negra» que en torno a la historia de España se forjó en otras naciones. No cabe duda que esta queja tiene, en muchos casos, sobrada razón, pero no por ello se va a entregar el timón de la política a la indignación. Además, ¿qué pueblo hay que no tenga su *leyenda negra*? ¿No es realmente ingenuo el creer que solo España ha sido víctima de injurias y calumnias? Azaola presenta, como prueba, un nutrido manojó de países víctimas de la incomprensión de sus vecinos o del odio de sus rivales en la historia.

Queda todavía el problema de superar estos antagonismos nacionalistas. ¿Quieren decir las luchas internacionales que es imposible la conciliación?. Si, mientras no se supere la estrechez del concepto nacionalista; si, mientras no nos hayamos convencido de que Europa es una promesa de hermandad. Y para ello se precisa un continuado esfuerzo, que deben llevar a cabo los europeos responsables, las minorías dirigentes de todas nuestras naciones.

Es preciso construir Europa, llegar a una unión de signo político positivo, no negativo. Una unión *para* Europa, no *contra* Rusia. Es decir, basar nuestra unidad en el espíritu europeo, no en la conveniencia del momento.

«Si queremos construir un mundo —concluye Azaola—, en lugar de ser sus enterradores, tenemos que aplicarnos a la tarea con todas nuestras fuerzas.

«Yo invito a todos los españoles de buena voluntad, a que se incorporen cuanto antes a ella.

R. L.

El Estebanillo González

Cuando el género picaresco anuncia su agotamiento se publica en Amberes, en 1646, la «Vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor». Este Estebanillo que cuenta su vida, con autenticidad, pero con cierto ribetes literarios, fué bautizado en Roma, pero nació en la ribera del Miño, en el pueblo pontevedrés de Salvatierra.

La mayor parte de los críticos,—Nicolás Antonio, Ticknor, Knapp Jones, Gossart, Warner Allen—, están de acuerdo en reconocer el carácter autobiográfico de la novela. Y por lo tanto admiten la existencia de un Estebanillo González, flor de la «jacarandaina» y escritor apreciable.

El no está muy conforme con su condición de gallego, pero reconoce otras veces este origen, y en 1625 viene en peregrinación a Santiago de Compostela. Esta romería no es muy sincera, ya que el motivo principal es «por comer a todas horas y por no ayunar a todos tiempos»: el día «que mas caminaba no pasaba de dos leguas» y en el camino «vendimiaba las viñas solitarias y cogía las gallinas huérfanas».

La primera ciudad gallega a que se refiere es a Orense, pero sólo para decir que en las Burgas lavaron sus ropas, reservando la limpieza de las almas para la ciudad jacobea.

De Santiago se «excusa de decir lo mucho que hay en ella que poder alabar». para que no se le tenga por parte apasionada. Poco más nos habla del resto de Galicia. En Pontevedra, «villa muy regalada de pescado», hace «colación con medio cesto de sardinas, dejando atónitos a los circunstantes». Visita luego Salvatierra, su patria chica y vive ocho días regalado de su tío, y con los cincuenta reales que le da cruza la frontera portuguesa por Tuy.

Esto es el único carácter gallego de la

novela, porque lo que podía haber de autenticidad gallega en la personalidad de Estebanillo se fué perdiendo en contacto con otros climas, al ritmo de la vida dura y libre de la picaresca.

Nos falta, por lo tanto, solamente hablar de los Valores literarios de la novela. Valbuena Prat descubre en el personaje central una falta de vitalidad novelesca; pero su vida está llena de situaciones graciosas; es un documento auténtico de la picaresca.

Estebanillo empieza su vida de pícaro con aprendizaje de barbero en Roma; es marmitón de un capitán de galera en Mesina; sirve en el hospital de Nápoles, donde hace tan malas sangrías en los brazos como buenas en las bolsas. Sus aventuras continúan en España, en Zaragoza, en Sevilla, y Córdoba. Recorre de nuevo Italia y culmina en Flandes. Sus campañas como soldado tienen un interés extraordinario; destaca sobre todo la visión burlesca de lo heroico, cuando describe la batalla de Nordlingen,

Entreteniendo determinados lances de la obra y abundan los episodios burdos, las descripciones divertidas. A veces su humor nos hace pensar en el Quijote, y de las burlas de que es objeto Estebanillo sacamos esta sentencia sobre la amargura del pícaro «Hermano Esteban, el oficio de gracioso tiene del pan y del palo, de la miel y de la hiel y del gusto y susto, y es menester cochura por hermosura».

Benito Varela Jácome.

UN TOPICO VISCOSO

Unamuno es un simpatizante de Galicia. Esto en principio resulta agradable y hasta un poco alagador. Nos dedica frases sugestivas que en su boca suenan extrañas e inquietantes: «A sus ojos —ojos de nuestros hombres— asoma la melancolía secular de una raza antigua. Sus rasgos son enigmáticos y misteriosos —los rasgos del carácter— ¿no lo explicará la vejez de la tierra y acaso la de la casta que la habita, no será un pueblo cansado que duerme una acción antigua para despertar algún día?». Sus metáforas van insinuando un paralelismo paisaje-hombre. «En Galicia hay tolerancia y hay ensueño ¿qué no hay luz?» Unamuno defiende la teoría de la oscuridad con ciertos argumentos sobre la siesta y el tresillo, males éstos que sobrevienen entre lo luminoso y lo seco.

Es la simpatía de Unamuno una simpatía que todo lo arrastra, las intuiciones, las imágenes, pero —y tenemos que este pero nos haya llegado con excesiva brusquedad, sin el crescendo indispensable a una buena técnica —hay en el fondo de su perorata, entre los vacíos de las palabras, ese tono ligeramente protector que se adopta en presencia de lo generalmente depreciado. Sus argumentos han sido empujados más que por la observación atenta por una inclinación benevolente, por una simpatía endógena. No hemos de olvidar que Unamuno era la última reencarnación de esa divinidad pagana que se llama monólogo: monólogo en sus contemplaciones, en sus diálogos... Galicia temo que no ha podido enviarle su mensaje, no ha podido abordarle con su vocecilla lírica. Y Unamuno se pasea huesped agradecido, borracho de agua —la peor de las borracheras, épase para consuelo de pecadores— ahogado de colores umbríos, de frondas oscuras, añorando en el fondo la lejanía de laca de las montañas salmantinas. Alguna brisa acuosa empuja su pluma hacia imágenes de maternidad. «Galicia atrae a sus brazos y llama a inclinarse en reposo, a soñar en las haldas de sus montes; es un paisaje habitable que seduce como un nido incubador de morriña y saudade; es una naturaleza hecha mansión del hombre en que os adormece como una caricia tibia, un aliento de humedad y las quejumbres dulces de los pinos. Debe costar trabajo desperezarse y arrancarse de sus brazos —sigue estrechando una atmósfera cargada, espesa, que nos hace casi viscosamente ingrátidos— el proceder de la casta es acuoso y obstinado». Alude al temple irónico, al alma liberal, a las ánimas benditas... Seguimos un poco más con sus propias palabras: «El echarse a fraguar hipótesis tiene una ventaja —dice— y es, que si no se confirman, mueve por lo menos a contradicción y contradiciéndolas es fácil avanzar en el camino de la verdad» ¿Se sentía tranquilo Unamuno de sus precipitadas impresiones? Sería de desear que esta contradicción, autorizada de puro entrañable, aportase en este camino un mínimo paso.

Sería inútil razonar; su imaginación, su maleabilidad, nos destruirían, aun ahora. Por otra parte no rechazamos las cuestiones de detalle. Lo que él dice es, en el fondo de sus imágenes lo que todo el

mundo dice y esto generalmente llamado tópico posee la extraña propiedad de ser y no ser a un mismo tiempo. Lo que preocupa es el cuadro, el color, ni siquiera la composición. Esas tonalidades irremediables opacas, verdosas, negruzcas, gemelas de las «almas que duermen una acción antigua» cuyo despertar es incluso problemático; la acción «acuosa y obstinada» de espíritus muy estrechos y sobre todo esa eterna quejumbre de pinos y gaitas, sin pulso y sin sutileza...

Una vieja tradición celta, apoyada sorprendentemente por la geografía, corre entre nosotros por vía más bien biológica. En ella se achaca a la luminosidad, día concretamente, un atributo de falacia, de mentira, y a la oscuridad, noche —conviene dejar luz de estrellas en lo alto—uno de veracidad, de realidad cósmica. El hecho avalado por el ceño de la erudición, indica ante todo una perceptibilidad subjetiva, frágil entre las líneas de lo concreto. Quizá sea éste el origen del tópico, nacido y alimentado entre nosotros mismos, sugerido por algún hábito de estética negra. La realidad es muy distinta, es preciso prescindir de hipótesis imaginativas y utilizar una intuición directa—esa ciencia exacta que con solo imaginar adivina!— Imaginemos. No hay plomo en Santiago, son «herbas de prata e de sono» que «cubren a valeira lua»—algo tan lejano como un andaluz, García Lorca, se nos acercó un día y lo comprendió así de pronto.

No hay pesantez en sus piedras porque están sostenidas por el cristal de una idealización; el recuerdo de Santiago es en el cielo de su lirismo como una estrellita de luz blanca y difusa, «trema no seu corazón». Todos sabemos, si miramos atentamente, que esto es lo que sucede en nuestras saudades y en nuestros paisajes. No es puro dormir la saudade, no es preciso despertar a nada, es la plenitud de una predisposición lírica, lograda, una sensación entre umbría y estelar. Luz tamizada, creadora de brumas, por donde el alma, de vez en cuando se nos escapa a levantar sus realidades, «las realidades» al fin. No es oscuridad sino luminosidad retenida, quizá por un fino instinto de sutileza inherente a la raza. Hemos de tener pues una idea veraz de nuestros colores, El plomo, el fracaso, nunca ha sido una actitud interesante.

José Luis Allué.

La personalidad y la imaginación

A primera vista, parece que lo básico de la personalidad es una voluntad perfectamente equilibrada.

Se habla de hombre de voluntad, de voluntad de hierro, etc., como si la voluntad fuese la esencial directora de la psiquis del hombre.

Lo que ocurre es que se ha exagerado la importancia de la voluntad, con menoscabo de la verdadera potencia constitutiva de la personalidad.

Veamos, ante todo, qué se entiende por personalidad.

Suele decirse que personalidad es un conjunto de cualidades que constituyen un supuesto racional.

Frobes entiende por personalidad la manera especial de pensar, de sentir y de obrar con que cada hombre se enfrenta con la realidad objetiva.

Para Paulhan, personalidad es un conjunto de tendencias, reunidas y acopladas según una ley de asociación sistemática.

Ahora bien, ¿qué significa esta ley de asociación sistemática?

Paulhan nos lo dice de la siguiente manera: «todo fenómeno psíquico tiende a suscitar por asociación los otros fenómenos que pueden unirse con él en vista de un fin común. Por ejemplo: un sentimiento como el amor es un compuesto de un número muy grande de impresiones, de ideas y de elementos inconscientes, y tiende, constantemente, a suscitar fenómenos que con él se armonizan: la busca de la persona amada, cartas, versos, tiernos propósitos, en una palabra, toda la escala de las caricias».

Por mi parte, creo que a esta ley de asociación sistemática, le cuajaría muy bien el calificativo de «ley formativa de la personalidad». Porque, si nosotros tratamos de determinar el alcance y cimientos de dicha ley, no debemos sorprendernos al hallar que la verdadera base de dicha personalidad sea la imaginación.

Veamos, sino, lo que nos dice la actual psicología.

Los modernos psicólogos están acordes en admitir dos partes en la formación del alma: el consciente y el inconsciente. Este último, que es del dominio de la imaginación, forma —según Austregesilo— la parte más intensa y abundante de la psiquis, determinando con preferencia la personalidad humana.

De esto se deduce, sin gran esfuerzo, que

lo que dirige y domina al hombre es la imaginación.

Esto está maravillosamente expresado en dos famosas leyes: Una de Coué: «la facultad dominadora del espíritu es la imaginación, no la voluntad».

La otra es de Bernheim: «Toda idea anclada en el espíritu tiende a realizarse». Lo que equivale a decir —añade Austragesilo— que pensar es ya el comienzo de obrar. El espíritu dirige a la materia; es el señor supremo del organismo y de la vida humana. «La espiritualidad es energía viva, principio dinámico biológico».

Ahora bien, esta energía tiene su manifestación en la imaginación, en la idea, por eso lo que constituye la personalidad es la idea, el conjunto de los habituales pensamientos, lo que algunos llamarían vida interior de cada uno.

En otras palabras, la personalidad no es más que la resultante, la expresión de la habitual manera de pensar de cada cual.

Se nos presenta, pues, el hecho de que la imagen es principio de movimiento.

La prueba —dice Dugas— de que todas las imágenes son naturalmente motrices y lo han sido desde un principio, es que todas lo son en algún grado y pueden volver a serlo por completo, y que algunas no han dejado de serlo.

Empezando por estas últimas —añade— podemos ver que hay imágenes que suscitan determinados actos con la instantaneidad y fatalidad de un reflejo. Así, la idea de los alimentos hace afluir la saliva; una idea triste provoca las lágrimas; la idea de amamantar a un niño produce la secreción de la leche, etc.

El citado autor nos dice también que por poco que insistamos sobre una imagen, la fuerza impulsiva de ésta, que estaba latente, se desencadena; de aquí la necesidad de vigilar los pensamientos, de las tentaciones, sabiamente proclamada por los moralistas, que parecen haber reconocido antes de los psicólogos el poder de las imágenes.

Por eso dice Bain: «Si la idea tiende a producir el hecho, es porque la idea es ya el hecho bajo una forma más débil».

De todo esto se concluye, pues, que no es la voluntad lo básico de la personalidad, sino que su fundamento último radica en la imaginación.

No en vano dijo Dugas que la voluntad es la imaginación disciplinada y transformada.

JOSE DIZ CAMBEIRO.

¡ESTOY PERDIDO!

Eran las pruebas de final de curso de Matemáticas. D. Manuel nos dictó un problema y dijo «Tenéis 30 minutos para resolverlo». Uno de mis compañeros exclamó: «Estoy perdido».

A este compañero le gustaba dramatizar hasta los hechos más insignificantes.

Si algún alumno, un poco más fuerte que él, le enseñaba los puños, palidecía y murmuraba, con los labios trémulos: «¡Estoy perdido».

En todos esos momentos trágicos de su vida infantil, el mayor peligro se reducía a un par de bofetadas; pero a él la frase ¡Estoy perdido! le sonaba como una exclamación heroica.

La frase la había leído en una novela del oeste, en que el protagonista estaba en un lugar nada envidiable: se subió a un árbol, para esquivar un ataque de los indios; en el mismo árbol un tigre iba a acometerle y por si era poco un rayo incendia una rama. En esta situación no es de extrañar que el protagonista exclamase. «¡Estoy perdido!»

El colega tenía que resolver el problema mas difícil propuesto a ser humano, en solo 30 minutos. La situación era verdaderamente apurada. He aquí el problema:

Dos individuos van de la localidad A a la localidad B. El primero anda a 6 km. por hora y el segundo a 7; el primero sale a las 7 de la mañana y dos horas antes que el segundo. La distancia entre A y B es de 20 km.. Averiguar a que hora llega uno y otro.

Releído el problema murmuró: «Estoy perdido» ¡Un problema así en 30 minutos!

El problema era demasiado abstracto, pero a él le gustaban imágenes concretas. Empezó por preguntarse ¿Qué es esto de individuos? ¿No se le podía dar nombres humanos?. Verbigracia: Juan y José; acaso fuera un poco aburrido. ¿Por qué no bautizarlas con nombres novelescos como Guillermo y Rodolfo?. Pensó un momento, recapacitó: ¿se conocen estos dos bravos caminantes?. Deben conocerse puesto que figuran en un mismo problema; pero si se conocen ¿por qué no viajan juntos?. Se defenderían mejor de un ataque de bandoleros o fieras. Por otra parte, ¿llevarían escopetas?. Tras una corta vacilación dijo: ¡Claro que las llevarían!. No se comprende un viaje así sin armas; pueden ser agredidos por las tribus salvajes hasta la localidad B.

¡Localidad B! ¡Localidad A!. Todo lugar en donde anda o vive un ser viviente tiene nombre ¿por qué no llamarles Kansas y Santa Fé?... En cuanto recibió la localidad A el nombre de Kansas fué elevada al valor de tierra de pistoleros, vaqueros y sodos trotones.

¡Bueno!. Los 30 minutos han pasado.

Estas palabras retumbaron en los oídos del alumno. ¿A qué hora llegaron a la localidad B?, le preguntó D. Manuel a mi compañero. No he resuelto el problema, dijo el discípulo del Oeste. Conque no lo ha resuelto ¡eh!, repetirá V. Algebra y Aritmética.

«¡Estoy perdido!» murmuró mi compañero. Mi padre me va a dar una tunda, en vez de comprarme la escopeta que me prometió. ¡Malditas Matemáticas!

JESUS SUAREZ CAMINO

7.º curso

Piratas y Matemáticas

«La verdadera pedagogía consistirá en no ejercer actividad alguna sobre el niño más que en tanto en cuanto éste siente su necesidad natural, o después de haber creado hábilmente esa necesidad, si no es instintiva; de tal manera que el objeto de esta actividad cautive al niño, suscite en él el deseo de adquirir».
Claparède

Roberto está sentado en el pupitre escolar. Sus nueve años se encuentran aherrojados en aquella mañana de sol. El profesor, que le ha puesto la etiqueta de «pasmado» no le quita ojo y le azuza constantemente. Roberto empuña el lápiz; pero no se le ve trazar números. ¿Qué le importa a él aquello?

Al profesor, porque sí, se le ha ocurrido que tiene que reducir segundos a horas. Y Roberto comienza a hacer algo. Con el lápiz inconscientemente, dibuja en el papel unas líneas. Parece como si esos trazos tuviesen fuerza hinóptica, porque, en seguida, su mano se paraliza, su mirada se pierde en la lejanía.

Es la hora de la siesta. La playa está desierta. Roberto ha llegado hasta el borde del agua con ímpetu de huracán. Va con un jersey a rayas y, atada a la cabeza, una pañoleta de su hermana. En la mano, un pistolón de madera.

Monta en el bote de Roque, que se balancea en la orilla, atado a una estaca clavada en la arena. Roque es un viejo lobo de mar, amigo de los niños, a los que relata con frecuencia sus aventuras marineras. Escuchan ellos embobados aquellas fabulosas narraciones. Hay en éstas una gran dosis de imaginación, pero, para aquel auditorio infantil, son delicioso manjar.

Ya en el bote, surge Rosita, su menuda vecina. Rosita quiere subir; el chico la anima a que se atreva a meterse en el agua para alcanzar la embarcación. Con pasos tímidos avanza hasta la borda. Una vez allí, al pequeño pirata, haciendo acopio de esfuerzos, consigue izarla junto a él.

Ahora comienza el combate. Los supuestos tripulantes de un buque enemigo se lanzan al abordaje. Roberto reparte puñetazos al aire, dispara constantemente su pistola, da saltos de un lado al otro del bote. Ya llega el momento de que Rosita desempeñe su papel. Roberto ha caído herido y ella se dispone a vendarle un brazo. En su precipitación, pone mal un pie pierde el equilibrio y cae al agua. Un grito, un chapuzón y luego otro. Roberto se ha lanzado a salvar a la heroína. El agua apenas les cubre las rodillas; pero el chico le hecha al trance todo su heroísmo latente. De pronto, siente un fuerte manotazo en el cuello.

El maestro había observado su inacción. Indignado, al ver que el problema no está aún resuelto, descarga su furia de jerarca desobedecido.

¡Pobre Roberto!. Tu maestro no sabe advertir que has resuelto el problema por encima de las Matemáticas. Has transformado los segundos en horas, y en horas agradables. Con igual sencillez transformas, en tus juegos reales, las horas en segundos. Y es que la infancia posee una varita de virtudes que cambia, a su gusto, las cosas. Con su imaginación, se defiende de las áridas cuestiones que, de manera imperiosa, solemos presentarle.

J. P.

El Valle de Barcala

Es el valle de Barcala una de las comarcas naturales gallegas de más fuerte personalidad y de más amena conjunción de paisajes.

Propiamente el Valle de Barcala se compone de dos grandes partes que guardan entre sí sus propias características. Son dos pequeñas comarcas naturales dentro de la gran unidad del río de Barcala que les da vida y las conforma.

La primera es el valle propiamente dicho, labrado angustiosamente sobre las concentraciones graníticas. La segunda es la Vega del Cotón en la que el río ya maduro camina sosegado sobre sus propios aluviones.

A esta doble morfología del valle corresponde una triple división geológica. En efecto, la cabecera del valle se recuesta sobre la acumulación pizarrosa de la zona de Santa Comba. Son, al decir de W. Carle, pizarras granitizadas migmatíticas, es decir, metamorfizadas por contacto con las formaciones graníticas. La segunda zona corresponde a todo el valle medio que se halla asentado sobre el gran ísleo granítico de Negreira. Su cauce se taja sobre un granito porfídico de grandes cristales de feldespato, que a su vez se halla encuadrado por las acumulaciones potentes de los montes que la circundan formadas por un granito de grano más homogéneo. A pesar del dominio casi absoluto del granito en esta zona, es preciso hacer notar la intrusión de ciertos manchones pizarrosos que encontramos asentados sobre su vertiente derecha, a la altura de la parroquia de Pena no recogidos, por su gran escala, en los mapas actuales. La tercera parte es la zona de Sedimentación. Los materiales arrancados en la multiseccular lucha del río colmaron de aluviones una vega que se transformó en un foco de atracción humana y en la capitalidad del Valle.

OROGRAFÍA. Es esta comarca de compleja orografía, formada por montes de modesta altitud, que presentan aspectos de fuerte erosión, muy próxima a la Penillanura. No obstante los ríos que de ellos descienden tajan profundamente en sus concentraciones, lo que unido a la presencia de bruscos desniveles y aún cascadas en la parte final de los ríos próximos (tales como el Tambre y el Xallas) hacen presumir un reciente levantamiento en bloque de estas comarcas.

Cierran por el Sur nuestro valle las alturas del Cornado que enlazan con las cimas del Arades de 521 metros que sirven de vértice geodésico y los montes de Pena que se van deprimiendo hacia el Este. Estos montes mantienen hacia el sur sus alturas enlazando con los Altos de Cume, Monte Bellalta... que brusca y desplomando en vertientes rapidísimas sobre el río Tambre. Sus alturas colmadas de bloques de granito se hallan deficientemente pobladas de arbolado, aquí y allá grupos de pinares y pequeños robledales denuncian la deplorable falta de las antiguas castiñeiras en algún tiempo famosas. En general son estos montes de carácter «insociable», es decir, dispersivos de poblaciones. En sus soledades se asientan aldeas de pocas casas apiñadas como Pedra Longa, Meiro, Gorjal... que se reparten las pocas tierras de labor aprovechables. En sus faldas se asientan las parroquias de Zas Pena, Landeira, limítrofes de nuestra comarca con una economía, que sin llegar a la abundancia de las tierras bajas del valle supera a las aldeas montañosas antes citadas. El solo camino local de Negreira a Marco del Cornado, recorre la parte media de este borde montañoso, que carece de toda otra vía urbanizada, lo que acentúa el carácter de insociabilidad que le hemos otorgado.

El borde Norte del valle está formado por el labio alzado de la Alta Comarca del Xallas de indecisa hidrografía; hacia el Este se alzan las redondas y erosionadas Brañas de Gosende y Edreira y el Monte Silvariño con la cima del Raxado (441) la más alta de este borde. En dirección S. E. paralela al río, van deprimiéndose los montes con las alturas de La Baña (341 metros) desde la que por el Monte de Pedra Alba baja en suaves cuestas hasta la Vega del Cotón. La abundancia de afluentes que bajan de estas alturas al río de Barcala han ido suavizando su vertiente que desciende de 250 metros en 3 kilómetros y por la que escalan gran número de poblaciones. No presenta, por lo tanto, esta zona el carácter insociable del borde sur. Sus alturas han sido conquistadas por el hombre que rotura sus tierras y las anima con el ritmo de su trabajo. La conquista de la tierra de labor despobló en buena parte el arbolado de esta zona que aun se resiste en las umbrosas carballeiras de la parroquia de San Juan de Barcala. Dos carreteras locales, a Mugía y a Camariñas rodean estas montañas sin escalar sus alturas.

HIDROGRAFÍA. El gran modelador de la comarca es el río de Barcala; pero el valle no forma una unidad hidrográfica totalmente definida ya que en su parte final participa en su modelado la otra rama gemela del río Albariña que bajando de los altos del

Freixeiro amplía por la parroquia de Covas el ámbito de la vega de Negreira.

El valle de Barcala presenta una cierta disimetría abriéndose más amplia y suavemente en la vertiente izquierda, de la que recibe los afluentes más largos y caudalosos.

En general el modelado responde al mandato de su geología. El valle que se presenta amplio en su cabecera, labrado sobre las pizarras de Fontecada, formando un espléndido anfiteatro recostado sobre las altiplanicies del Xallas, se va haciendo más angosto a medida que taja las rocas duras del macizo granítico para abrirse triunfal en la espléndida llanada fluvial que lo une al Tambre.

Sus fuentes se hallan sobre los 340 metros en el monte Cornado, que divide estas aguas de las que van al Xallas y a la Ría de Noya por la zona de Outes. Discurre primero en dirección E-O y luego forciendo hacia el SE busca decididamente el valle del Tambre. La primera aportación que recibe es el río de Trece que labra rápidamente un valle secundario entre las Brañas de Ferreiro y el macizo de Trece (384 metros). Este río se forma al borde de la gran llanada de las tierras altas del Xallas y su cabecera en erosión progresiva puede dar origen a un fenómeno muy curioso que es la captura o decapitación del río Abuin afluente del Xallas que corre a 1 km. de aquél y en un nivel de base muy superior. Naturalmente esto sólo es factible dentro de un tiempo geológico y si no ocurren nuevos movimientos epirogénicos, como parecen frecuentes en esta zona. Descendiendo de los montes de La Baña (monte Silvariño y Raxado) se encuentran el rego das Sestas y el rego de Ferraces. Luego el río se angosta sobre la parroquia de Ordoeste y fuerza las concentraciones graníticas de los montes de Pena y de La Baña, para abrirse, después de recibir por la izquierda el poderoso aporte del río Alvariño, en amplitudes de vega.

El río corre entonces por un cauce ya maduro, se hace sosegado y va depositando, como un tributo, a los pies del bello y antiguo Palacio del Cotón, de los altivos condes de Altamira, los ricos aluviones que fecundan la vega.

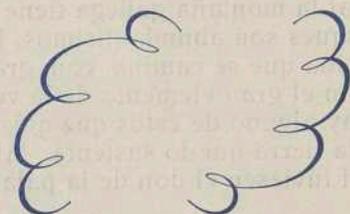
Es Barcala una comarca relativamente bien poblada. Su población pertenece al tipo, que señalaba Niemeier, de pequeña aldea concentrada y un orden cerrado en la disposición de sus dependencias labriegas.

La Ley de asentamiento no está impuesta por el río que, por el encajamiento de su cauce, no ejerce apenas atracción alguna de poblaciones; éstas buscan las tierras laborables por ello es la vega del Cotón la zona más poblada y en la que se halla enclavada la capitalidad del valle. En general la densidad de población parece ir disminuyendo a medida que ascendemos río arriba; pero algo hay que transforma los asentamientos de población barcalesa y es el gran imperativo geográfico de la vía de comunicación. Especialmente la carretera que de Negreira a Santa Comba y Mugía, atraviesa todo el valle. Esta carretera ejerce por una parte la más poderosa fuerza de atracción para los asentamientos, formando pueblos itinerarios orientados a todo lo largo de su ruta; por otra, transforma el severo y robusto aspecto de la granítica casa labradora en blanqueadas y urbanizadas viviendas que alteran de más en más la típica fisonomía que afanosamente conservaba la comarca de Barcala.

—0—

Todo este cuadro que hemos presentado no es más que la parte estática y material, es decir, el escenario en que se desarrolla, cada vez con ritmo más intenso el vivir de la tierra de Negreira; queda, sin embargo para comprender el estudio de la comarca adentrarse en su parte dinámica, en su alma, esto es, en el estudio del hombre y de sus formas de vida que reservaremos para próximas publicaciones.

FRANCISCO JAVIER RIO BORJA.



Factores Líricos de Galicia

II. LA MONTAÑA

Lo psíquico del hombre vibra ante la inmensidad, ante lo grandioso. La naturaleza proporciona con sus espectáculos estímulos más poderosos de esa vibración. Lo grandioso es la nota que define el ser de la naturaleza. El ente de la naturaleza penetra con toda su fuerza en lo somático del hombre y llega hasta su espíritu. Esta influencia que la naturaleza ejerce en lo psíquico de cada hombre, creemos, y así lo afirmamos, alcanza su grado más intenso en el alma del poeta. Para nosotros, es la psiquis de éste, del poeta, lo más sensible que se puede imaginar.

De los numerosos ejemplos que la naturaleza nos brinda, la montaña tiene, en el sentido que tratamos, una personalidad bien acusada. La montaña ha ejercido influencia en los espíritus de los grandes hombres. Poetas, pensadores, novelistas, han sentido la montaña y la han vertido en sus obras. Goethe—como dice Otero Pedrayo—sintió siempre en su alma la mágica montaña alemana. Quizá el autor de «Herman y Dorotea» encontró en la montaña una musa inspiradora. Los países ofrecen la montaña a los hombres y éstos encuentran en aquella un ser, distinto para cada uno, según el espíritu que lo anime. Para unos, la montaña es el modelo de sus cuadros, para otros el estímulo que animará la partitura musical, en fin, para muchos campo deportivo, o simple motivo de contemplación.

Galicia ofrece también su montaña a los hombres. Es, nuestra montaña, una montaña singular, femenina, que invita al canto, al ensueño de amor. Unamuno, a lo largo de las páginas de «Andanzas y visiones españolas» y «Por tierras de Portugal y España» nos habla de Galicia y su montaña; refiriéndose a ésta, dice: «...las faldas de los montes invitan a soñar». El profundo encanto que la montaña gallega encierra, aflora en el decir del famoso poeta y pensador. Y es que, el gran escritor vasco, supo contemplar nuestra hermosa tierra y, después, rumiar el recuerdo, en su mansión salmantina. Quizá alguna vez, desde la «Plaza mayor», el profundo pensador contempló en su imaginación Galicia y su montaña.

Es la montaña gallega, anciana, y esta senectud le da un cierto aire de misterio. Sus cumbres tienen un alto valor religioso; hoy en la cumbre de cada montaña hay un santuario, antaño, en la misma cumbre, había el templo de la divinidad pagana. La montaña ofrece desde su altura, por lo regular, espectáculos merecedores de ser contemplados. A la vista de los rasgos apuntados, se distinguen, a nuestro entender, en la montaña gallega tres facetas o maneras de contemplar la montaña. En este análisis de la montaña como factor lírico, consideramos pues lo siguiente: la montaña en sí, el sentido religioso de la montaña, y lo que la montaña ofrece.

En general la montaña gallega tiene gran vegetación, sus bosques son abundantísimos. La flora es a veces tan tupida que se camina con gran dificultad. Los robles son el gran elemento de la vestimenta que la adorna, hay alguno de éstos que quizá sea tan anciano como la tierra que lo sustenta. Muchos de estos árboles si tuviesen el don de la palabra, ¡cuántas

cosas interesantes podrían contarnos!. Quizá por las noches se comuniquen entre sí. Tal vez los ancianos, antes de morir, leguen a los que nacen el profundo caudal de sus conocimientos. Esta montaña de árboles añosos, muestra su ejemplo más acusado en la lucense. La montaña del Cebrero, todo el ayuntamiento de Cervantes es la muestra principal. Esta montaña ofrece una canción áspera, como la vida del hombre que la puebla. No en vano esta es la parte más agreste de Galicia.

Los pueblos han encontrado en la montaña, en todos los tiempos, el lugar propicio para sus ceremonias religiosas. La montaña se eleva al cielo, y los antiguos creían que desde su cima se podía dominar al «rey del día» y al «lucero de la noche», por esta razón la creían sagrada. El cristianismo, para santificar las cumbres, antaño lugar de templos paganos, erigió en las mismas sus santuarios. Galicia ofrece en casi todas sus montañas el santuario al cual acuden los romeros en épocas determinadas del año. Son verdaderas riadas humanas las que acuden a los santuarios. En estas romerías la canción brota de todos los pechos. Y en casi todas aflora la montaña. A nosotros, y como una reminiscencia de estas romerías parecen llegar los ecos de aquella que dice:

Miña Santa Margarida,
miña Margarida Santa,
tedes a casa no monte,
onde o paxariño canta.

Es tal la importancia de la canción en la romería, que si las sendas que pisan los romeros cantasen, casi toda nuestra montaña, los caminos de los romeros, serían una canción eterna.

La montaña gallega ofrece desde su cumbre escenarios portentosos de belleza. La canción popular ofrece a veces en su contenido este sentido. Así, cada vez que contemplamos la volcánica forma del Pico Sacro, a nuestra mente acude:

A San Bastián corramos
ó cumio do Pico Sagro,
pra ver cal raia o sol
na cidade de Sant-iago.

Se ve en esta canción un ejemplo de lo que la montaña ofrece. Es esta canción una interpretación lírica de lo que el famoso Pico ofrece, pero sólo a medias. Pues la canción no habla de la ría de Arosa, y el dicho dice que ésta también se contempla desde la cima del Pico. Ejemplos de espectáculos maravillosos que nuestra montaña ofrece, los encontramos en todo el ser de nuestra tierra. Los nombres acuden a raudales a nuestra mente; la cita nos parece eterna y, por tanto, imposible de realizar. No obstante mencionaremos aquí dos nombres de montaña gallega, los que mejor conocemos y más impresión nos han causado. Y estos montes grandiosos por su belleza, escenarios maravillosos naturales, son: el facho de Sta. Tecla y el Castro de Vigo. Lo que se contempla desde el Tecla es asombroso, digno de ser plasmado en el lienzo del pintor más grande. La costa portuguesa que desde la cima del monte se contempla, pa-

rece querer rendir homenaje al Monte que la contempla, y en la brisa que besa al facho, nos parece oír la melodía de un fado. Es la ofrenda de la tierra hermana, ofrenda lírica a una tierra lírica. La inmensa superficie del Atlántico contemplada desde este monte, parece una enorme llanura plateada, la puesta del sol en esta llanura, lo más incomparable. Quizá desde este monte contempló Mendiño, allá en los lejanos días del s. XIII, nuestro mar y la cantiga brotó en sus labios al son de su viola:

Non hai barqueiro remador;
morreréi no mar maior;

Es el Castro el escenario natural de Vigo. A sus pies aparece el mar que lo mece. El puerto aparece como una ciudad. Es el Castro el centinela de Vigo y de su ría. La vista que ofrece, es merecedora del sacrificio que cuesta llegar a su cima. Nuestro ser ha permanecido aislado de todo pensamiento largos momentos, asombrado en su contemplación. Y cuando ahora acude a nuestra mente el recuerdo, parece que otra vez contemplamos lo que tanta impresión nos ha causado. Quizá el cantor de Vigo—Martín Codax—contempló el mar desde el Castro. Tal vez desde este monte vió el mar que brota en sus cantigas de amigo. ¡El mar de Vigo!

Por todas las consideraciones señaladas, nos parece ver en la montaña uno de los factores de más importancia en nuestra lírica, en la lírica gallega. En verdad un elemento tan importante en nuestra tierra, como la montaña, no podía permanecer extraño a la canción que es la tierra misma. ¡La tierra gallega! Y así la montaña brotó en la canción, inundó el alma de nuestros grandes poetas, fué en fin el gran factor lírico. De los poetas que vieron la luz en nuestra bendita tierra y sintieron la montaña en su alma, brotando en sus composiciones, no haremos mención, pues sería eterna. No obstante, en este caso, parece que la montaña se opone a este nuestro total mutismo. Y un nombre nos es obligado trazar: ¡Noriega Varela! Un hombre que fué amado por la montaña, un hombre que la amó. ¡Noriega es la montaña gallega! La montaña gallega es ¡Noriega Varela.

Francisco Otero Guldrís

MIMETISMO

Mimetismo del griego mimesis, imitación, es la propiedad que tienen muchos seres de parecerse a otros e incluso a seres u objetos inanimados. En las especies que más se observa este fenómeno es en las de cuerpo blando y que carecen de defensa propia, de ahí la creencia de que tal propiedad la adquieren los seres para engañar a sus enemigos y poder, así perpetuar a la especie; a veces para atacar más fácilmente a su presa.

En unos casos el mimetismo es producido por el cambio de color imitando el medio que rodea al ser, cuya propiedad está muy acentuada en el Camaleón—reptil de vida arborícola de movimientos tardíos y lentos—que a causa de reproducir el medio que le rodea es muy difícil de ser percibido por el ojo del observador y también de los Insectos—su alimento predilecto—que caen en el campo de acción de su larguísima lengua vermiforme y velozmente portátil quedando adheridos a su extremo ensanchado viscoso. De ahí el concepto vulgar de que se alimenta del aire, pues tal sistema de alimentación le permite estar inmóvil durante largo tiempo.

Se ha hecho el experimento de colocar un Camaleón sobre un tablero de ajedrez y reproducir en breve plazo los cuadros en su tegamento. Estos cambios bruscos de color son debidos a unas células muy especializadas de sus tejidos tegumentarios denominados cromatóforos cargadas de gránulos pigmentarios de distinta naturaleza que se dispersan o acumulan a voluntad obedeciendo órdenes del sistema nervioso, en relación con el aparato

visual que comunica el color del medio externo.

Esté curioso caso de mimetismo también se presenta en los Cefalópodos, debido a la rápida acción de ciertos músculos que están relacionados con un plexo nervioso y permite al animal cambios bruscos de coloración. Otras veces la piel de los Cefalópodos aparece recorrida por oleadas de color que se suceden a intervalos regulares y les permite confundirse con el medio en que viven.

Menos acentuado se ha observado este tipo de mimetismo en otras especies de Moluscos, Peces, etc.

Con frecuencia el color en los animales es más o menos permanentemente imitando al medio que les rodea; aunque hay naturalistas que no admiten como mimetismo tal fenómeno.

Ejemplos de ello los podemos observar en los animales nocturnos que son oscuros; ratones, buhos, etc. Los que habitan los desiertos imitan las arenas. Los de las regiones tropicales presentan colores vivos semejantes a los destellos solares entre el enmarañado ramaje del bosque, loros, papagayos, pájaros, etc. Los Peces de los ríos son de color oscuro, truchas. Los del mar son azulados, y los que habitan en el fango y arena del fondo son negruzcos copiando fielmente el dibujo del fondo y así presentan a veces unas manchas más oscuras imitando las arenas; rayas, lenguados, etc.

Existe una rana de color verde, denominada vulgarmente ranita de San Antonio—hay la arborea— que vive en los árboles y fácilmente se le confunde con las hojas verdes.

Un caso curiosísimo lo observamos en el armiño que en invierno se viste de blanco imitando a la nieve y es cuando se le persigue por su apreciada piel. En verano toma un color pardo que semeja al campo seco.

Es entre los Insectos donde se encuentran infinidad de casos de mimetismo. Hay muchísimos Himenópteros que semejan por su color las cortezas de los árboles y a veces a trozos desgarrados de la misma.

El hombre tampoco ha desaprovechado el mimetismo y así ha creído conveniente vestir a los soldados y guardias de ese color característico que al permanecer inmóviles les confunde con el color del campo. El casco de los militares se hace completamente invisible por una cierta tonalidad gris inapreciable a distancia.

Son muchos los seres planctónicos y pelágicos que presentan una verdadera transparencia que los hace totalmente invisibles. Ejemplos de ello se observa en las colonias de Radiolarios, Noctilucas, entre los Protozoos; Medusas, Sifonóforos, Cetenóforos, entre los Celentéreos, denominados en este caso aguas malas debido a las células urticantes de dichos Celentéreos. Son también transparentes algunos Copépodos, Decápodos, etc.

El mimetismo no solamente afecta al color sino también a la forma y posición. Hay Ortópteros de la familia de los Fásmidos cuyas alas presentan la misma nerviación y homocromía que una hoja de planta. Otros son largos, finos y de color oscuro semejando una rama seca. Son varias las especies de mariposas nocturnas de países americanos, que en descanso pliegan las alas de tal modo que fácilmente se confunden por su color y forma con el limbo de una hoja y la prolongación de las alas posteriores, semeja el peciolo.

La oruga Tertrix ocelata, en su posición habitual de descanso sobre una hoja semeja el excremento de un pájaro. Otras orugas se fijan en las ramas por las patas posteriores quedando libre el resto, semejando a una ramita sin hojas.

Hay moscas que entran en las colmenas de las abejas a depositar sus huevos y luego sus larvas se alimentan de las larvas de las abejas. Si las moscas consiguieron entrar habrá sido porque las abejas las confundieron con ellas mismas.

A veces el mimetismo afecta solamente al macho o a la hembra creyendo que tales individuos pertenecían a especies distintas hasta que se demostró lo contrario al ver que procedían de huevos comunes. Tal fenómeno se denomina dimorfismo sexual.

Entre los Pólipos de brillantes coloridos habitan infinidad de pececillos y Crustáceos, que por su homocromía y forma se les confunde con los tentáculos de dichos Calentéreos.

Son innumerables las diversas especies zoológicas que viven entre las enmarañadas algas del fondo del mar; por su transparencia, color o forma se hacen totalmente invisibles. Para cerciorarse de ello, basta coger un puñado de algas, llevarlas al laboratorio y conseguiremos descubrirlas.

A veces hay especies que imitan a otras que por sus condiciones peculiares se ven libres del ataque enemigo. Un caso curioso es una mariposa de América denominada virrey, bocado exquisito de los pájaros, viéndose libre de tal persecución por parecerse y volar entre otras mariposas, denominadas monarcas, que vuelan despacio y en bandadas que nada temen porque a nadie atrae su olor y sabor repugnante.

Como ya hemos indicado, el mimetismo se considera una defensa propia de los seres a fin de perpetuar la especie y una vez que se han fijado los caracteres miméticos se van perfeccionando más y más. No obstante, las especies aunque no presenten mimetismo van cambiando lentamente por adaptación al medio am-

(Continúa en la página 19)

DIALOGO CON TINITO VIÑAYO

Tinito Viñayo—gracias Sr. Rabanal por haberme facilitado este nombre que tiene la virtud de poder aplicarse a cualquier sujeto sin que nadie pueda decir ¡«eh, cuidado, que con ese nombre y apellido figuro yo en el acta bautismal»!, gracias, repito—. Decía—mejor, quiero decir—que es Tinito un niño muy inteligente y extraordinariamente estudioso; de todo le gusta saber y quiere escudriñar todo; nada deja de su mano que antes no haya revuelto hasta el meollo. Es una monada de chaval.

El otro día me dijo «Escúcheme, por favor, (también es educadito, se me olvidaba decirlo) el azar ha traído a mis manos este soneto:

No queda más lustroso y cristalino
por altas sierras el arroyo helado
ni está más negro el ébano labrado
ni más azul la flor del verde lino;
más rubio el oro que de oriente vino
ni más puro, lascivo y regalado
espira olor el ámbar estimado
ni está en la concha el carmesí más fino,
que frente, cejas, ojos, y cabellos
aliento y boca de mi ninfa bella,
angélica figura en vista humana;
que puesto que ella se parece a ellos
vivos están allí, muertos sin ella,
cristal, ébano, lino, oro, ámbar, grana.

Y... no sé como expresarme; veré, quisiera poder decirle de esta composición, algo más, otra cosa distinta de lo que en las preceptivas he hallado, como por ejemplo, que es una estrofa típicamente italiana, maravillosamente cultivada y generalizada por Petrarca aun cuando su invención se atribuya a P. de la Vigne (siglo XIII) y su forma definitiva fuese alcanzada en el siglo XV por el toscano Aretino. Habiéndolo cultivado en nuestras letras Santillana en sus sonetos «Fechos al itálico modo», su poca destreza en el manejo del endecasílabo, le negó el éxito. Es preciso llegar a la época del emperador Carlos V para que Garcilaso pueda imprimirle un inconfundible sello de elegancia y flexibilidad que ha de conservar a través de nuestros grandes sonetistas, Herrera, Lope, Góngora, Ayala, N. de Arce y muchísimos más. Fué igualmente cultivado con gran éxito en la literatura francesa por Ronsard, Hugo, Verlaine, etc., etc. En Inglaterra brillan Shakespeare, Milton y otros. Portugal con Camoens, Guerra Junqueiro, etc. Goethe, Schiller, Heine, etc., etc. tributan honores a la poesía alemana en el uso del soneto.

Guardó silencio un minuto; creyó hacerse pesado y prosiguió... «Esto no me satisface, ello puede decirse de cualquier otro soneto. Lo que yo quiero es poder comentarlo a mi manera, ver en estos catorce versos algo que tan solo a ellos pertenezca. No sé si me comprende Vd., pero no tengo mejores, ni más claros términos para expresarme; soy muy torpe. «Esto lo dijo Viñayo guardando la mirada con tristeza y yo, sin apenas pensarlo, repetí casi lo mismo que a nosotros nos dijo el muy querido, muy simpático y muy sabio señor Morales Oliver «habla de tu soneto aquello que él te hable a tí, lo que en él veas, lo que la propia frase te sugiera, ya que no puedes vencer ese atrevido deseo; y te digo atrevido, muchacho, porque ¿Tiene alguien derecho o autoridad capaz de penetrar, deshacer, disolver una tras otra, cada palabra de un escrito que constituye, ni más ni menos, cada secreto del alma del mismo autor? Me miró sorprendido, volvió la vista a lo que tanta inquietud le causaba y advertí en sus ojos el fulgor de

la inspiración. A los pocos minutos escribía:

«No encuentro muchas cosas nuevas en el estilo de este soneto. Todo él está sometido al canon típico del siglo XVI y XVII. Todos o casi todos los elementos metafóricos están plasmados en el tapiz literario-poético de la época, pues no hay poeta que no recurra, para la expresión de belleza—ya humana ya campestre—a cualquiera de las representaciones de la gama fría o de la gama cálida, nieve, cristal, arroyo, en lo primero; oro, carmesí, en lo segundo.

No obstante, este soneto contiene una indudable belleza que estriba en la combinación armoniosa de cada palabra, en la inteligente distribución y gradación de los conceptos. Así, podemos apreciar en el primer verso un continuo silbido de eses entre las que parece deslizarse, si no estuviese helado, el arroyo diáfano y brillante.

Análoga aliteración encontramos en el verso segundo; sin embargo, la abundancia de erres hace más pesado el verso, exigido por la misma rigidez de la corriente convertida en agua inmóvil. Incluso la sinalefa, (indispensable para conseguir el endecasílabo, y que nos demuestra la no aspiración de la hache) adensando las palabras, contribuye a hacerlos percibir esa sensación de lentitud.

Hay una anticipación alusiva por medio de una comparación continuada, sucesiva, cuyo fin se obtiene a través de una repetida anáfora de sentido constantemente negativo, en los seres inanimados, hasta llegar a lo real y viviente, el ser humano de la amada, a la que se conceden toda clase de cualidades de positiva belleza.

La antítesis, de lo más tradicional en todas las literaturas, se halla perfecta en el penúltimo verso, llegando al final mediante una gradación enumerativa, que nos lleva de lo más visualmente frío—cristal—a lo más cálido—grana—.

Todo halaga los sentidos: el color; la finura; olores ambarinos destilados a través de una perfecta boca de angélica ninfa.

Nos falta el sonido, la música, pero la verdad es que en tan pocos versos no se puede decir más. Si tuviese estrambote tendríamos toda una sinfonía de sonos melódicos, mas ello iría en contra de la elegante forma de tan atildados poetas.

Necesario fué decir a Tino que su imaginación iba demasiado a prisa, que era ya suficiente. Advertí su afán de continuar y le aconsejé guardase un poco de su fantasía para algo que no pertenece a ningún experto artífice del metro, sí a una simple divagación de su misma profesora. Aunque el tema no lo merezca.

SUGESTION

Solitaria, danzaba en el aire mi alma. Notó un vacío en sí misma; y esa angustia de un vivir rastroando la amarga pena de una ausencia, hacía la suspirar el sueño del mármol.

De pronto, un abismo se abrió a su paso, un claro murmullo gimió una nota. Era un suspiro. Allí en lo insondable, la sombra de un corazón—también solitario—dejó penetrar el enigma. Alma y corazón se buscaban. No pudieron hallarse en la tierra y fué justo precipitarse en el arcano donde se funden los seres que en el mundo jamás podrían amarse.

M.^a ISABEL PELETEIRO YRAGO

¡POBRE TONI!

Toni es el perro más flaco de la aldea. En su casa no «pesca un bocado», y su dueño lo echa a puntapiés cuando entra a husmear en la cocina; sin embargo, Toni es servicial a su amo y cumple con su deber. Por la noche le guarda la hacienda ¡Hay que verlo como ladra! Cuando llega el día, sabe que allí ya no hace falta y se preocupa de buscarse el sustento; deja de rondar por las inmediaciones de la casa, y va a recorrer la aldea. Conoce todos los rincones de las haciendas de los vecinos: las cuadras, los gallineros, los corrales... Y sabe, además, cuando echan la comida en las perreras de los compañeros que él les puede. Y así, cuando puede colarse en algún gallinero o en alguna cuadra, se come los huevos o la comida del cerdo. Otras veces llega hasta la cocina en un descuido de la vecina y allí husmea y coge lo que encuentra.

Pero lo terrible es cuando lo cazan haciendo de las suyas. Entonces no hay misericordia para él: ni su aspecto flaco y hambriento, ni sus alaridos, inspiran compasión al vecino que lo muele a palos. ¡Pobre perro hambriento! Los niños, y hasta los mayores, lo corren y le tiran piedras. Toni tiene miedo de todos, y de todos huye.

El tío Francisco es el único que le infunde confianza, porque no le pega ni le echa de casa: lo acaricia, y a veces le dá un hueso o un trozo de borona. El perro se lo sabe agradecer: pasa horas enteras delante de su casa, esperando a que el tío Francisco salga o se asome a la ventana, y, entonces, menza la cola y dá muestras de contento. Si le dá un hueso marcha con él entre los dientes; y si no le trae nada, no se enfada y le sigue docilmente.

Un día, cuando salió el tío Francisco, lo encontró echado a la puerta. El perro le dirigió una mirada suplicante; y él pensó que quizá no hubiese comido nada en todo el día. Volvió a casa; abrió la artesa de la borona y la halló vacía. Toni pareció comprender. El tío Francisco se fué, paseando por la carretera y haciendo caricias al perro que le seguía. Pasó por delante de la panadería; se detuvo y luego entró; compró un bollo y lo guardó pensando en lo que dirían si le viesan dar «pan de trigo» a un perro, cuando aún la gente comía borona. Ya en un sitio apartado alargó al can el bollo. Toni miró tímidamente al pan y al tío Francisco; quizá pensó que sería una broma y no quiso cogerlo; y aún cuando el tío Francisco se lo metió entre los dientes, miró, otra vez, desconfiadamente a su bienhechor. Luego empezó a dar vueltas buscando en donde comerlo; y creyendo no estar seguro atravesó el camino.

Una mujer lo vió cruzar; llama a una comadre que sale de una era; cunde la alarma; se oyen voces:

—¡Ese can!

—¡Ladrón!

—¡A él!

Acude el vecindario. Griterio de chiquillos; carreras; pedradas...

El tío Francisco, que teme la crítica, se esquivo y desaparece.

Nadie puede decir si Toni llegó a comerse el bollo, que con tanto tesón quería conservar, corriendo a todo correr... Lo que sí es cierto que desde aquel entonces el pobre Toni anda cojo.

M. CASTRO CARBALLAL, 6.º curso.

UN RECREO

Estamos en la segunda clase; estoy aburrido como una ostra, y temblando, hoy no sé la lección. Espero con agonía la imponente y autoritaria voz de D. Virgilio, diciendo su acostumbrada frase: Pardo, ¿sabe la lección?

Pasan los minutos; mis dedos se remueven inquietos, cuando de pronto un gran gozo invade mi cuerpo: el timbre ha sonado. Se abre la puerta y asoma una cabeza indicando: Ya es la hroa D. Virgilio. (Se supondrá quien és).

Sale D. Virgilio y entra el conserje con su inseparable compañera en las manos la lista de castigos. Nombra a los castigados y los demás se colocan en la fila. Bajamos al recreo. Una vez allí nos ponemos a jugar casi siempre Barreras y yo a ver quien se tira antes del montón. Sudamos, pero no nos rendimos a nuestro afán de diversión. Cuando vamos a jugar otra vez se oye una voz que dice: —¡Arriba todos! Se fastidió todo. Hay que subir otra vez a estudiar; hay leña.

G. PARDO DIAZ, primer curso.

LA CLASE

Tranquila, serena, está la clase. Es la hora del estudio. En la mesa se iergue la silueta de un profesor. Miro a mi alrededor y veo un Cristo yacente que parece concentrar sus miradas en mí. Está expirando. Tal vez nos esté diciendo: «No pequéis más».

Un leve ruído turba la tranquilidad del estudio. El profesor se incorpora y, poco a poco, despacio, para no turbar la atención de los que estudian, llega hasta el lugar sospechoso y habla con el presunto autor. Vuelve a su sitio despacio y se sienta. Al fin coge una novela de cualquier autor clásico y se dispone a saborearla a su gusto. Empieza a leer y, en su ensimismamiento, no advierte que dos de mis compañeros empiezan a hablar. El ejemplo cunde y pronto toda la clase comienza a rumorear. Con tal calor siguen luego las conversaciones que el profesor abandona su lectura. Castiga a los que ha visto y otra vez la clase en silencio.

El profesor reanuda su lectura; pero ¡al fin! suena el ansiado timbre y los alumnos saltan alborozados. ¡Es la hora de la salida! Con pasos fuertes entra el conserje y, con voz sonora y grave, nombra a los alumnos agraciados con el regalo de una hora más de las fijadas. Los agraciados no quieren comprender la suerte que han tenido, y protestan llorosos. Yo doy las gracias y salgo a respirar.

GUMERSINDO FONTAN, 2.º curso.

Psicografía del Alumno

(ENSALLO TIPOLOGICO)

Difícil es en verdad caracterizar la riquísima hasta ser infinita gama psicológica de tan interesante tipo humano como es el alumno (todo el que recibe alimentación intelectual específica es alumno).

Pero acaso sea posible una esencialmente comprensiva de la realidad, con estimable aproximación, tipología o nomenclatura que indudablemente habrá que relacionar con la clasificación del humano en general. La poca exactitud tipológica podrá remediarse en parte con el recurso, siempre tan socorrido, de dejar un residuo comprensivo de todos los casos no señalados expresa y concretamente.

Solo en ciertos casos extremos podrá valer un estereotipo perfectamente definido y perfilado, ya que se darán confundidos rasgos de semejantes y aun opuestos en la mayoría de los casos.

Pero intentemos una nomenclatura sin atender a Spranger ni autor alguno. Distinguiremos estos tipos: I. el estudioso dócil y regular con poca personalidad. II. el estudiante dócil y regular con rica personalidad. III. el estudiante de rendimiento medio y psicología vulgar.

IV. el imaginativo e irregular con escasa personalidad. V. el imaginativo e irregular con fuerte personalidad.

VI. tipo indefinible vario. Se incluirá el estudiante notoriamente invita Minerva, verdaderamente incapaz, que pronto dejará los estudios, el futuro aventurero de la vida, de difícil diagnóstico intelectual, el futuro hombre de negocios que acabará desinteresado por los estudios en los que sólo busca un complemento o un adorno cultural, etc.

Una cierta prudencial combinación de los tipos señalados ya permite aumentar la comprensión de la nomenclatura.

El primer tipo, más razonador que imaginativo, bastante abundante, dará al futuro funcionario administrativo, el típico catedrático—funcionario carente en absoluto de vena investigadora, el militar que no llega al generalato, etc.

El segundo tipo será el que comprenda el futuro gran político, el hombre de ciencia, el pensador, etc. Se combinan felizmente en éste el rigor intelectual y el vuelo imaginativo. Es el tipo que más se aproxima a la perfección ideal y de mayor felicidad subjetiva.

El tipo tercero será el hombre vulgar, el Juan Pérez o José Fernández, que nos encontramos en todas partes todos los días. No rebasará, normalmente, el brillo argénteo de la mediocridad. Este tipo tendrá una importancia numérica real superior con mucho a todos los demás tipos sumados.

Semejante a éste por su resonancia en el teatro del mundo será el imaginativo de escasa personalidad (cuarto tipo) que podrá dar al periodista o escritor de corto vuelo o también el artista en plano de menor brillo.

El quinto tipo de la nomenclatura que ensayamos corresponderá al artista o al escritor de genio e incluso al investigador científico, también muy necesitado de poderosa imaginación creadora.

Pudiera establecerse un término para agrupar al tipo genial vario, máxime si creemos con Sorokín que el genio procede por intuición supraconciente.

También tiene interés relacionar cualquier tipología que se intente con los dos tipos de adolescente que señalan los psicólogos y los sociólogos: el domi-

nante el sumiso. Pero se cuidará de incluir en el primero el que no manifestando acaso gran vitalidad en sus relaciones con los demás condiscípulos, lleva, concentrado y sumiso, el sello de fuerte personalidad revelada más con simples gestos o palabras e incluso con persistente silencio que con dinamismo físico o vivacidad juvenil.

El concepto de «buen alumno» se podrá predicar principalmente de los tipos I y II, los IV y VI darán el «mal alumno», el tipo III el estudiante mediano y el V el estudiante que en justicia no deberá ser calificado como bueno, malo ni mediano, sino como «irregular».

Pero para todo alumno sentirá el profesor humano superior respeto de acuerdo con la vieja sentencia latina: *máxima debetur puero reverentia*.

JESUS TOBIO

LOS DOS MARINEROS INGLESES

Dos marineros ingleses estaban prisioneros en Verdun; donde se encontraba el depósito más considerable de ingleses que el primer cónsul había retenido prisioneros en Francia, cuando la rotura de la paz de Amiens. Habían logrado evadirse y llegaron a Boulogne sin haber sido descubiertos en el camino, a pesar de la rigurosa vigilancia de que eran objeto todos los ingleses

Quedaron allí algún tiempo, faltos de dinero, y no encontrando medio alguno para escaparse, les pareció imposible procurarse un barco, ya que hasta las menores embarcaciones eran escrupulosamente inspeccionadas.

Esos dos marineros construyeron por sí mismos una especie de barquichuelo, con trocitos de madera que juntaron bien que mal, sin otra herramienta que sus cuchillos.

Recubrieron esta frágil embarcación con una lona que aplicaron por encima. No tenía más que una anchura de tres o cuatro pies, y su longitud no era mucho mayor. Tenía una ligereza tal que un solo hombre la llevaba fácilmente sobre su espalda. ¡Lo que es el amor a la patria unido al atractivo de la libertad!

Seguros de ser fusilados si eran descubiertos, casi igualmente seguros de que naufragarían, no dejaron por eso de intentar el paso del canal en un esquife tan ligero.

Habiendo divisado una fragata inglesa a la vista de la costa se lanzaron en su barco y se esforzaron en alcanzarla. No habían recorrido todavía cien toesas en el mar, cuando los vieron los aduaneros, corrieron hacia ellos, los prendieron y los volvieron a traer, sin que pudiesen poner a ello el menor obstáculo.

Esta aventura se propagó prontamente entre la gente de armas y se comentó la increíble temeridad de esos dos hombres.

El ruido llegó a oídos del emperador, que quiso, verlos y los hizo llevar a su presencia con su pequeña embarcación.

Napoleón, cuya imaginación se impresionaba vivamente con todo lo que era extraordinario, no pudo ocultar su sorpresa ante un proyecto tan audaz, con un medio tan débil de ejecución.

—¿Es verdad qué habíais pensado en atravesar el mar con eso?

—¡Ah Sire. Si lo dudáis, dadnos permiso y nos veréis partir.

—Lo creo. Sois hombres intrépidos, emprendedores; yo admito el valor en todas partes donde se encuentre. No quiero que expongáis vuestras vidas. Estáis libres; mucho más, voy a hacerlos transportar a bordo de un buque inglés. Iréis a decir a Londres la estimación que tengo para los valientes, hasta cuando son mis enemigos.

Mémoires de Bourrienne

(Traducido del francés por Pedro Pereira)

3.º Curso,

BARRABÁS

Una de las grandes puertas laterales del gran Palacio de Pilatos se abrió para dar paso a un hombre de aspecto robusto.

La raída camisa no podía contener el amplio torax; sus ojos tenían una expresión turbia y demoníaca; el pelo sucio y desgredado le caía sobre la frente, dándole aspecto de terrible fiera; su boca se abría en una sonrisa de placer maligno, enseñando los escasos y podridos dientes que le quedaban.

Era el gran malechor Barrabás.

Cuando el sol, después de tanto tiempo de encarcelamiento, le dió plenamente en el rostro se echó a correr monte abajo, dando gritos de júbilo.

Al mismo tiempo, por la puerta principal de la mansión del Procurador romano, una triste comitiva tomaba el camino del Calvario.

Era Jesucristo, Hijo de Dios, que por redimir a los hombres iba a ser crucificado.

En primer término marchaban soldados romanos, a pie y a caballo, portando lanzas y estandartes de la República; detrás, dos ladrones sujetos brazos y cabeza por sendos cepos; seguía un tercer soldado tirando de una sogá atada brutalmente al cuello de Jesús que cargaba penosamente, sobre sus hombros, el pesado leño en que iba a ser crucificado por aquel pueblo sediento de sangre y que, unos días antes, le había recibido triunfalmente a la entrada de Jerusalén.

Recorría Barrabás las calles dando gritos de alegría por su liberación cuando oyó el pesado y metálico caminar de la soldadesca. Volviéndose hacia el cortejo se encontró cara a cara con su salvador que lo miraba benévola-mente. Barrabás, no pudiendo resistir la dulce mirada de Aquel que había servido para su rescate, huyó. Huyó despavorido para refugiarse en su casa.

Un gran silencio se produjo entre sus familiares cuando, con mezcla de respeto y temor, ven entrar al hermano homicida que, como ebrio, se dirige a ocupar el puesto de honor entre la familia.

Más; ¿Quién era Barrabás?

Muy bien lo había dicho Pilatos, cuando le concedía la libertad por mandato del pueblo:

«Tus dignos conciudadanos me han obligado a soltarte a tí que eras un asesino, en lugar del otro que era inocente. Por mi parte, no te puedo perdonar ni te perdonaré nunca. Vete, pues, tan lejos como puedas, bestia afor-

tunada, y procura no tener que comparecer nunca más ante mí, porque otra vez no te hará escapar de mi justicia ni tu mismo Dios».

En efecto, él era cruel y sanguinario. El «estaba por la ley antigua: sangre por sangre-vida por vida». Dios sabe cuantos homicidios y crueldades llevaba cometidos. «Cristo le había dado la vida pero no la luz»—al decir de Papini—por eso era ateo y no adoraba más que aquella pequeña espada romana, de cuadrada punta, con que solía asesinar a sus víctimas.

Barrabás estaba destinado a ser símbolo del cinismo y de la maldad.

Su simbólica figura, como siniestro fantasma del mal, sigue suelta por el Mundo, atemorizando, con sus crímenes, odios y crueldades, a las gentes y pueblos que lo respetan con aquella misma mezcla de temor y cobardía, rindiéndole como aquel día doloroso de Viernes Santo, honores y pleitesía, mientras justos varones, representantes del Hijo de Dios que rescató con su propia sangre su libertad y su misma vida, siguen padeciendo cautiverio, afrentas y crueles persecuciones, ante la impasibilidad de pueblos, Naciones y Estados, que, en esta hora incierta del Mundo, honran y aclaman a «Barrabás».

Angel M.^a Beiras

NOCHE DE COMPOSTELA

Noche típica de invierno compostelano. La llovizna envuelve toda la ciudad. Las calles largas, sinuosas brillan con destellos de asfalto húmedo. Los faroles iluminan apenas las esquinas donde están emplazados; propagan su débil luz, dificultosamente, en la plomiza oscuridad. Aquí o allá, claridad; luego, nada...

Las fachadas de las casas se desdibujan, pierden sus líneas, formadas por granito gris, del constante roce del orballo.

La torre del reloj se divisa casi perdida en el cielo. La lluvia cae constante, recalcitrantemente. En la noche todo es silencio, profanado a veces por las rítmicas pisadas de algún noctámbulo. Se acercan; ya están aquí se pierden...

El reloj de la catedral da una hora. En el silencio, retumba como un trueno. De allá, de lejos, se acerca por el aire un murmullo de árboles. Es la Alameda. Agitados por la brisa, parecen conversar entre sí.

Un guardia pasea; quiere matar el frío. Envuelto en su capa, da apurados pasos.

Antes de amanecer, se oye un teclear de zuecos: son las lecheras. Vienen de Calo, de Vidán de Sionlla. Son las primeras en despertar de su letargo a la monumental ciudad.

Amanece; es la hora de las misas tempranas, la hora de las beatas, de las viejas criadas y de algún estudiante piadoso. Todos ellos, en rápidos pasos, se dirigen a la catedral.

De cuando en cuando, se ven flamear unas faldas tras una esquina. Luego desaparecen dejando como un halo de misterio.

Acaba de cruzar una esquina; allí viene. Es el Rosario de la Aurora. Al frente, un sacerdote, flotando sus ropas al viento, dirige el rezo con potente voz. De todos los pechos, al unisono, se eleva la contestación de la plegaria. La procesión pasa...

De la torre de la Berenguela caen, graves y lentas, nueve campanadas. Los obreros, apresuradamente, a pie, en bicicleta, se dirigen al trabajo. Los estudiantes, los libros bajo el brazo, se encaminan a la Universidad. La jornada empieza.

FERNANDO BALTAR TOJO - 5.º Curso

La Soberbia

En Francia existía hace tiempo, cuando en la corte del sun-tuoso rey Luis XIV todo era alcornia y abolengo, un sabio cuya soberbia sobrepasaba en mucho su sabiduría. Este sabio se llama-ba François Dubois.

Pasaban los días y con los días el ansia de descubrir y cono-cer nuevos horizontes en el corazón de los hombres.

François Dubois se sumó a una de las numerosas expedi-ciones que desde el puerto de Marsella partían hacia la selva del alto Amazonas para descubrir nuevos misterios.

Una galera adornada al estilo de la época zarpaba del puer-to y se perdía en la inmensidad del mar.

Pasó el tiempo; los viajeros divisan al fin una faja de tierra y unas manchas blancas; llegaban al puerto de Natal...

Comenzaron las expediciones a la selva. François acostumb-rao al lujo de la corte francesa, no pudo moverse con soltura pues sus vestiduras se enredaban en las lianas; pero su envidia y soberbia llegaron a su colmo cuando vio la rapidez con que se movían los indígenas entre los espesos matorrales. Dubois volvió a Francia convencido de que Dios había dado a cada uno sus virtudes y con la soberbia no conseguiría nada bueno.

Abelardo Moralejo. 3.º curso.

Un sábado del Colegio

Un sábado por la tarde, aunque estaba lloviendo salimos de paseo, mejor dicho a visitar la granja avícola «La Camelia. Por el camino D. Amancio nos hizo el resumen de la visita, advirtiéndonos que teníamos que portarnos como niños educados. Sólo entrar y ya vimos la mitad de las gallinas metidas en tres galline-ros no muy grandes, comunicados con una habitación donde es-taban el resto de las aves. Pasamos a dicha habitación donde se encontraban los comederos y las trampillas; los comederos es-taban casi llenos de una mezcla de salvado, harina de maíz, casca-rilla etc.; en aquel momento estaban comiendo unas cuantas gal-linas, pero al advertir nuestra presencia escaparon algunas. Las trampillas son una especie de casitas destinadas a las gallinas para poner el huevo; al entrar se cierra una especie de puerta auto-mática y allí queda el ave hasta que se le abre; debajo de dicho sitio hay un departamento hecho de alambre, comunicado con la trampilla y en este departamento cae el huevo sin romperse; en cada trampilla hay uno.

Toda gallina en una pata tiene un número y al huevo que po-nen le escriben en la cáscara el número correspondiente. Hay también unas listas destinadas para apuntar los huevos que po-nen y el día que empiezan a poner; la gallina que ponga un núme-ro muy bajo de huevos se vende porque esta gallina causa per-juicio al avicultor.

Todas las gallinas que vimos en la habitación eran de raza Leghorn. Mas tarde nos enseñó unos gallos, uno de raza Rhode Island, traído de Holanda y otros de raza Leghorn venidos del mismo sitio. En otra parte unos criados allí.

A continuación fuimos al criadero. Es una habitación bastante templada y con poca luz porque el exceso de ella hace daño a los polluelos; había varias jaulas, grandes, con bastantes polluelos en las que unas lamparas infrarrojas les daban unos rayos de luz iguales a los del sol, a través del cuarzo de la lámpara, desarro-llándolos así mejor y en mejores condiciones. Al salir del criade-ro hechó unas hojas de verdura a unas gallinas que iban a cum-plir cuatro meses el día 30. Al cabo de un rato nos enseñó un pe-queño sembrado de centeno y dijo D. José Hombre Antelo que lo iba a preparar para que en vez de grano produjese cornezuelo. Luego unas coles, remolachas, etc. Enseguida nos llevó a la in-cubadora: una habitación cerrada por dos puertas una a conti-nuación de otra; esta habitación estaba a 39º de temperatura; vi-mos la incubadora que parecía una nevera, dividida en dos de-partamentos, en el de abajo caben 2600 huevos que tienen que es-tar allí 21 días hasta que pasan al departamento de arriba llama-do «cámara de nacimiento» donde caben 300 huevos.

Al salir notamos enormemente el cambio de temperatura; nos dió el Sr. Antelo una tarjeta de la granja visitada y nos des-pidíó quedando todos muy contentos.

Fernando Castromil, primer curso.

ECCE HOMO...

Ha salido la procesión.

Delante, abriendo paso van los caba-llos, nerviosos por el paso triste a que les hacen ir.

A un lado y a otro se oyen comenta-rios y suspiros entrecortados por la emo-ción de la muchedumbre que se agolpa para verla pasar.

Por un momento se dejan oír las corne-tas que alzan sus sonos hacia el cielo, co-mo implorando perdón por los pecados cometidos aún después de haber dado to-da su sangre el Todo Poderoso.

Los Capuchones encerrados en sus tú-nicas moradas dan a este acompañar de Je-sús flagelado un aspecto de desolación del alma. Las velas lloran con lágrimas de cera y sus llamas, cual corazones ardientes, tiemblan como temiendo por la suerte del Señor.

Mas tarde pasa la imagen martirizada de Jesús y ante ella todos, incluso las ca-sas, parecen inclinarse en prueba de res-peto para el que lo dió todo por nosotros.

Redoblan los tambores y al compás tris-te de la música va marchando lentamente la procesión.

Juan Carlos Goñi, 6.º curso.

EL RECREO

Estando en la clase en la que después de ella tenemos el recreo, estoy nervioso para salir, pero muchas veces oigo una voz que dice: «Estevez se me queda sin recreo» como dice a menudo el pro-fesor de Gramática y le fastidia a uno todos sus planes (aunque me cuelo alguna vez). Otras ve-ces que no estoy por ningún profesor oigo la voz ronca del inspector: «Se me quedarán sin recreo los siguientes señores: 1.º Estevez, 2.º Castro-mil...» y si uno protesta baja a oír las broncas del Director. En otras ocasiones que no estoy por nadie me pongo en la fila y hablo un poco sin darme cuenta, entonces oigo la voz de Doña Do-lores: «Estevez suba». Y nadie se atreve a protes-tar, así que, escaleras para arriba.

Los pocos días que bajo al recreo disfruto mu-cho en él cuando hay pelota juego a ella, y cuan-do no, lo hago a diversos juegos con mis compa-ñeros. En el recreo olvido todos los males como los ceros puestos por D. M. Platas, los coscorro-nes de D. Virgilio etc. Al poco rato, estando en lo mejor, se abre la puerta y oímos la voz del vi-gilante que dice: «Primero arriba» y ni decir una palabra hay que dejar lo mejorcito y subir a pelear con los profesores.

Julio Estévez - 1er. Curso

Nuestra excursión de Fin de Curso

PINCELADAS Y BROCHAZOS

Pasar el puente viejo de Orense en un auto es no darse cuenta de la grandiosidad de esta obra. Por eso, un grupo de excursionistas hemos ido hasta el borde del agua, bajo las arcadas en ojiva. Desde allí hemos podido contemplar en todo su esplendor aquella imponente construcción. Entonces comprendimos la justicia de aquella copla: «Tres cosas hay en Orense...». Lo único desagradable es la cloaca que en aquel lugar desemboca, tñiendo las aguas del Miño de un gris sucio y maloliente.

Cuarenta minutos al sol en una calle orensana, aun cuando el sol no sea mas que primaveral, no todos podrán soportarlo. Si a eso se añade que el motivo del estacionamiento es la espera por un excursionista que, con su retraso, pone en peligro el proyectado partido de baloncesto en El Barco de Valdeorras, entonces estan justificadas las airadas protestas de los muchachos. Alguien insinuaba D. Isaac no estaría de acuerdo con los vendedores de helados que rodeaban el auto.

La bajada desde Puebla de Trives al Bibey, y la consiguiente subida a Laroco, ha impresionado a todos por su grandeza. Pero han sido los chicos de primer curso los que han sentido la impresión más acorde con estos tiempos de cine y «Coyote». Fernando Castromil, de pie en el coche, no sacaba ojo de la ventanilla. —«¿Qué observas con tanta atención, muchacho?» —le dije. —«Estoy esperando a ver en que recodo de la carretera aparece la diligencia».

La entrada en El Barco de Valdeorras fué triunfal. D. Julio Dequidt, hombre atento en verdad, había anunciado nuestra llegada por medio del pregonero. Y en aquél atardecer del último día de Abril, en los alrededores del Colegio, la gente joven —ellas y ellos— saludaban cordialmente el paso de nuestro Isota.

Todavía se jugó, entre luz y sombra, el partido de baloncesto. Los nuestros achacaron su derrota al desentrenamiento y al cansancio del viaje. Pero eso no quita mérito a los adolescentes valdeorreses, hábiles practicadores de ese deporte.

Aún quedó tiempo, antes de cenar, para unos minutos de baile en el Casino. Luego, tras la cena, un rapaz, desconocedor del poder del vino de aquel valle, fué amonestado por el Director, cuando con paso vacilante, se dirigía a su lecho. El chico repuso humildemente: «¿Tiene algo de extraño, Don Manuel, que uno se maree en El Barco?».

El Lago de Carucedo, con su tranquilo espejo azul, su margen alfombrada de albas florécillas oliendo a miel, su concierto de ranas y el chapuzar de los patos silvestres, ha sido la nota poética de la excursión. Frente a él, las rojas y erosionadas Médulas eran una incitación. No disponíamos de tiempo. En Ponferrada, estaba presto a ser servido un succulento potaje de alubias y los huevos tronco-cónicos, asombro de más de un excursionista.

Casi un círculo de cumbres nevadas rodean el Valle del Bierzo. Las más próximas, las de la Cabrera, sirvieron de bello fondo blanco a un lote de fotografías ante la puerta del Castillo de Ponferrada, levantado por los templarios al borde de un tajo sobre el Sil. Pero los ponferradinos consideran que esa aureola de nieve no basta para darle carácter a su naciente ciudad, y han puesto el título de Alaska a una moderna sala de fiestas. Doy fe de que este gélido nombre no está de acuerdo con la actividad de su interior.

La feria de Santa Cruz de Mayo de Cacabelos es algo comparable a la de la Pascua de Padrón o la Ascensión de Santiago. Infinidad de puestos de venta, charlatanes con estridente micrófono al pecho, chalanes, aglomeración humana y, sobre todo, de ganado. Los caballos, los mulos, los bueyes, rebasando el ferial, ocupan la carretera. Ante mí, varios alumnos discuten respecto a si es buey o toro la res que está a su lado. Uno de ellos se acerca a mí para que dirima la cuestión. Sin tiempo para contestarles, como si el animal hubiese oído a los chicos, se alza inesperadamente en dos patas y da una respuesta clara y terminante.

Villafranca del Bierzo da la impresión de un pueblo venido a menos. Ponferrada, con menos soleira, está absorbiendo económicamente a su vecina. Pero Villafranca conserva el grato sabor de las ciudades muertas. Y yo me refugié en sus típicos rincones, en sus templos, en aquella larga tarde de la escapada a «Cosmos» y de la lamentable fractura de clavícula. Ante las maldiciones lanzadas por alguno de los «abandonados», pregunté al regreso de los expedicionarios, si les había ocurrido algo malo. Habían tragado mucho cemento, pero nada más. Mas luego supe que uno de ellos había dejado el abrigo olvidado en la fábrica.

La noche del 2 al 3 de Mayo la hemos pasado en la ciudad lucense. En la fría mañana dominical, salí, con cinco alumnos para oír misa. Penetramos en la iglesia de Santo Domingo, ocupando uno de los bancos del ala izquierda del crucero. Al poco rato, un monaguillo nos entrega un librito y una medalla a cada uno. Absortos en la contemplación de la ojival arquitectura, nos habíamos colado en un lugar reservado a los miembros de una congregación.

Timidamente primero y más decididos después, nos unimos a los rezos y a los cantos de los demás. Pero la vergüenza vino más tarde, a la hora de la Comunión. Los bancos se vaciaron por entero para ir al comulgatorio. Solamente nosotros, que no estábamos en las disposiciones necesarias, permanecíamos aferrados al madero. Nos pareció sentir la mirada de todos los fieles concentrándose en nosotros, tratando de averiguar el por qué de la disidencia de aquella media docena de congregantes.

J. P.

CARTA DE AMOR

(CUENTO)

Un atardecer apacible, como tantos otros de aquel segundo curso de Bachillerato. Jugaba yo con un grupo de niñas de la vecindad, sin preocuparme de otra cosa que de nuestros infantiles entretenimientos.

De pronto, cesaron los juegos. Una mujer se hallaba entre nosotras; nos sorprendió, puesto que no la habíamos visto aproximarse. Por su mandil blanco supe deducir que era una sirvienta; y por el gesto de dolor, así como también por su nerviosismo, me di cuenta de que algo grave debía de ocurrirle.

—«Niñas..., ¿queréis...?»— Con un asentimiento de cabeza la invitamos a continuar. Vaciló, y, al fin, sonrojándose un poco (¡qué graciosa, yo entonces no concebía los rubores en una persona mayor), nos expuso sus deseos: necesitaba a una de nosotras para escribir una carta; por lo tanto, que tuviera la amabilidad de seguirla aquella que supiese hacerlo.

Me ví empujada por mis compañeras. Yo no quería; francamente: no me agradaba la «aventura»; pero vencí mis reparos porque me conmovió el rostro de aquella mujer sencilla, implorando—con su mirada angustiada—tan insignificante favor. En silencio, me aparté del grupo, que volvió a sus interrumpidos juegos con gran alegría.

Penetramos en un sombrío portal. Fué entonces cuando percibí claramente que el miedo atenazaba mi corazón. No tuve fuerzas para retroceder, para huir..., y mis ojos continuaron clavados en la silueta oscura, en el rostro lúgubre—que se volvía de vez en cuando para preguntar alguna cosa. Parecían interminables las escaleras. Aquí y allá tiestos enormes, que proyectaban extrañas sombras en la pared.

Mi guía se detuvo ante una puerta y, con voz vacilante, dijo: —«Es mi cuarto; no te llevo a la sala porque pueden llegar mis señores; estamos solas». —¡Solas...!— El pánico se había apoderado de mí. Volví la cabeza hacia atrás, buscando camino libre para la huida, pero quedé inmóvil; mis ojos, nublados por el miedo, creyeron descubrir infinidad de salidas y la razón se impuso: era preferible quedarse a merced de aquel «ente extraño» que arriesgarse por el laberinto de pasillos y escaleras.

Entré temblando, como si me acercase al patíbulo. Tuve que sentarme en un pequeño baúl, pues mis piernas flaqueaban. Ella, tras una búsqueda infructuosa por el cuarto, salió apresuradamente, con un fulgor extraño en sus pupilas.

Quedé sola. No eran consoladores mis pensamientos. «Tal vez está trastornada y quiera matarme». ¿Habrá ido a buscar algún veneno? Mientras rezaba a media voz, mis ojos no se alejaron de la puerta. No tardó en aparecer mi «verdugo» con varias cosas: pluma, tintero... Respiré profundamente.

Antes de iniciar la carta, quiso explicarme algunos detalles: Desde algún tiempo atrás, el novio no recibía sus cartas y de ahí que no le contestase. ¡Si ella supiera escribir..., entonces de nada valdrían las maldades de sus compañeras, que—por envidia—cambiaban la dirección para que Antonio, al no recibir noticias, se olvidase de ella. Era ésta la razón de que se hubiera decidido a ir a la calle en busca de una niña.

A los ojos de aquella mujer menuda, de rostro poco agraciado, se asomaron unas lágrimas; y yo, muy conmovida por aquel dolor, me propuse ayudarla con todas mis pobres fuerzas.

Empecé a escribir, variando un poco las frases que ella me dictaba por parecerme algo toscas. Y de esta forma, limando también el «pues Antonio» y corrigiendo el «saberás», transmití aquel mensaje de amor, con la más clara letra que pude conseguir.

En el momento de poner la dirección—copiada de un sobre arrugado—pude darme cuenta de que la infeliz seguía todos los movimientos de la pluma, como si con ello evitase algún posible error.

Cuando ya estaba dispuesta a marcharme, ella me detuvo con un gesto. Salió, y quedé sola por segunda vez. Transcurrieron unos minutos desagradables. De nuevo me sentía nerviosa, intranquila, en aquel pobre cuarto de paredes húmedas.

Aumentó mi malestar cuando ví que regresaba con un vaso de vino. Quiso que lo bebiera, pero me negué amablemente: —«Gracias, no me gusta»—Era verdad, aunque tenía otros motivos para no aceptarlo. Insistió varias veces, obteniendo siempre idéntica respuesta.

—«¡Adiós!» le dije, mientras corría por las escaleras. Volví la cabeza y pude ver que la figurita menuda, de blanco mandil, quedaba muy descontenta con el vaso en la mano.

Ya en la calle, henchí los pulmones con el aire fresco del anochecer. Estaba contenta, porque—gracias a mí—aquella enamorada tendría pronto la contestación.

Años después, vino a mi memoria el ya olvidado incidente, encontrando en él nuevos matices y significaciones. Lo recordé cuando compartía las amarguras de la vida sentimental de otra joven. A ésta no le quedaba el consuelo de lanzarse a la calle en busca de una mano inocente para escribir. Sabiendo hacerlo ella, ¿qué esperanzas podía reportarle el creer en equivocaciones? ¿A quién echarle la culpa de un prolongado silencio, si nadie más que ella escribía sus mensajes? Y, a pesar de todo, comprobé como los cerebros esclarecidos buscan también unas «razones» que mitiguen la angustia de su corazón. Claro que casi nunca satisfacen plenamente esas «razones» a la mujer que las crea... Y aquella sirvienta que yo conocí a los once años estaba convencida de que sus males acabarían pronto.

...Su recuerdo me entristece. Mi ayuda de nada le sirvió, pues de haberle servido acudiría otra vez al grupo de niñas que siempre jugábamos por allí. Pienso que se habrá valido de otra persona para escribir una nueva carta. Las amigas «la engañaban por envidia» y de las niñas «¿qué podía esperar más que confusiones en la escritura?» Así, mitigando sus penas, habrá continuado su existencia.

Para esta clase de personas, que respiran sencillez y confianza en el hombre, son menos agobiantes los problemas del amor.

Esther Fernández Faraldo.

En forma de lección...

(Viene de la página 2)

con esta idea: es necesario construir de acuerdo con nuestra intimidad. Y eso es lo que pretendemos. Este es el mensaje que humildemente lanzamos al campo de la cultura. Sabemos que no somos nosotros solos, porque nuestra actitud responde a una situación general del mundo. Por eso confiamos en no haber equivocado el camino.

No somos—espero haberlo dejado bien sentado—, bajo ningún concepto, exclusivistas. Pero también pedimos comprensión en los demás. No pretendemos oponernos a las leyes de evolución del mundo sino someternos a su desarrollo, pero tal como somos, es decir, tal como nos vemos al meditar sobre nuestro origen y nuestro ambiente. No somos disgregadores, sino integradores, pero nunca hasta el punto de uniformizar algo tan irreductible como las peculiaridades culturales.

Éstas son, querido Gustavo, las razones que debemos dar a nuestros críticos. Tal vez nos comprendan, tal vez no. De todo habrá probablemente. Para los que nos comprendan hay siempre un puesto que los espera. Para los otros, para los que no sepan ver, bastarán aquellas palabras de Vicente Risco:

«Tú dices: Galicia es bien pequeña. Yo te digo: ...de la grandeza de tu espíritu depende todo. Cuanto más pequeño sea, más tierra precisará. Si tu pensar es hondo, tu tierra para tí no tendrá fin... Si tu pensar se detiene en la corteza de las cosas, no digas tampoco: Galicia es bien pequeña. Eres tú que jamás podrás concebir nada grande».

RAMON LUGRIS.

Santiago, Mayo de 1953.

PROGRESO DE LA AVIACION

En 1.909, Bleriot atravesó en su aeroplano el Canal de la Mancha, empleando en ello algo más de treinta minutos. A partir de entonces la aeronáutica ha recorrido a pasos agigantados un muy largo camino y los progresos de la aviación han sido ininterrumpidos pudiéndose en la actualidad dar por seguro el dominio de los aires.

En Mayo de 1.919 el Teniente Read hizo en 24 horas la travesía del Atlántico y en Junio del mismo año dos oficiales ingleses cruzaron el mismo océano sin parada ninguna en dieciséis horas.

El año 1.926 el Comandante Franco en compañía del mecánico Rada, ambos compatriotas nuestros hicieron la travesía desde España hasta América. En 1.927 tuvo lugar el famoso salto del norteamericano Lindbergh, que de Nueva York llegó a París sin escala alguna. En 1.930 los aviadores franceses Coste y Bellonte hicieron esta misma travesía sin escala alguna.

Otros famosos aviadores han realizado también verdaderas proezas con las cuales pueden darse por vencidas las más grandes dificultades para el total establecimiento de vías regulares de navegación aérea y es de esperar que no tardará mucho en triunfar la inteligencia humana en la empresa de dominar los aires porque ya se ha conseguido el establecimiento de varias líneas aéreas intercontinentales.

MAVICE

MIMETISMO

(viene de la página 11)

biente.

En épocas geológicas existieron Insectos cuyas alas semejaban a hojas de plantas que no había entonces. Ante este hecho real, la teoría actual del mimetismo es falsa; por tanto, el para que de los hechos naturales resulta difícil de explicar.

Las plantas también presentan mimetismo y no se cree que ello reporte beneficio a las mismas. Hay Orquídeas que semejan Insectos. Frutos de *Melamyrum pratense* son transportados con gran interés por las hormigas y se dice si las confundirán con sus larvas por el gran parecido. Frutos de *Caléndula* fueron recogidos incluso por naturalistas creyéndolos orugas, etc.

El mimetismo también afecta a la materia inerte. En Cristalografía, se denominan cristales miméticos aquellos que aparentemente cristalizan en un sistema que no corresponde a dicha especie.

Como ya se indica en esta simple lección, el mimetismo es un fenómeno que por ahora no se ha podido explicar satisfactoriamente lo mismo que otros muchos temas que todavía están sin resolver en el campo de la Biología.

M. Orosa González.

LA PICOTA

El sábado, y en una hermosa tarde del mes de Abril se ha celebrado en el salón de actos de nuestro colegio la tradicional fiesta de la Picota y en la que intervenían varios alumnos de los cursos mayores. Todos, o sino casi todos, asistimos a ella deseosos de pasar dos horas de gracia y buen humor.

Entramos en el salón; todo estaba alegre, todo era algarabía y barullo, unos cantaban, otros saltaban y en todos se notaba una muestra de contento; aquel ambiente de alegría agradaba a cualquier profesor aunque estuviera pensando que sus alumnos iban a ponerlo como un trapo.

Comenzó la función y entre grandes aplausos y gritos salió Pérez Outes a anunciar el próximo cuadro. Hubo violín por el alumno de cuarto, Angel M.^a Beiras, conciertos de guitarra, armónica, comichadas a cargo del caricato Espinosa y una comedia de un ladrón, ejecutada por tres alumnos de 5.º curso que ahora no recuerdo los nombres.

Luego comenzó la Picota y aquello si que era risa, ¡por lo visto hay unos cuántos «Manoletes» en el colegio!, ¡Vaya con don Manuel; miren que confundirlo con un «peque» de la inclusal. En fin, un verdadero manantial de risas y gritos en el que supongo que todos lo habrán disfrutado a gusto. Aquellas dos horas fueron felices para nosotros y rogamos a la dirección siga animando así nuestros estudios.

G. Pardo Díaz - 1.º curso

HUMOR

Sucedió en el Colegio. El profesor:

«¿Quién es Benavente?»

El alumno: «Un escritor inglés que nació en Salamanca».

QUIEN SE ESCUSA, SE ACUSA

Una señora escribía una carta a su hermana. Un amigo de la casa, conocido por su curiosidad, se colocó detrás de ella y lee la carta por encima del hombro de la señora. Esta continuó tranquilamente escribiendo, aparentando no notarlo.

De repente, el amigo ve estas palabras: —No puedo decirte más hoy, porque Fulanito está ahí detrás de mí leyendo todo lo que escribo.

—Pero, señora. Su acusación es injusta; le aseguro que no he leído una sola palabra.

El sello postal viviente

El otro día, uno de mis amigos estaba en mi casa. Había escrito una carta y no teníamos sello. Salimos juntos al estanco. Mi amigo compró un sello y, para pegarlo en el sobre, lo mojó con su lengua. En este momento, el sello cayó y—cosa increíble—el sello se puso a andar sobre el suelo.

Mi amigo y yo estábamos asombrados; el sello caminaba caminaba siempre.

Al llegar a la pared, no se detuvo; subió a lo largo de ella. Mi amigo alargó la mano y cogió el sello con mucha vacilación y lo miró. Entonces soltó una carcajada. Después me lo enseñó a mí y nuevas risas ¡Detrás del sello había una gruesa mosca! El sello mojado había caído sobre sus alas y se había pegado a ellas. Luego la mosca había caminado, oculta por el pequeño cuadrado de papel.

EN EL VAGON

El viajero (montado en segunda)—¡Diablo! Me he equivocado de clase.

El empleado (severamente)—Tendrá que saldar la diferencia.

El viajero—Perfectamente Por consiguiente me debe usted diez pesetas; llevo billete de primera.

UN COBARDE

—Mamá; los soldados ya no me dan miedo.

—¡Caramba! ¿Y cómo es eso!

—Había ayer uno hablando con la criada en la cocina y pareció muy asustado cuando me vió.

HUMOR

—El profesor: Cámbieme toda esta frase al femenino. «El estaba comiendo un bollo conmigo».

—El alumno: «Ella estaba comiendo una bolla con miga».

J. Manuel Balboa López

Corredor de Comercio. - Rúa Nueva,

Por motivos de finanza
a Balboa acudí un día.
Medio en serio, medio en chanza,
se ganó mi confianza
aquel varón de Mugía.

Empresa FREIRE

Automóviles a Lugo

En el auto me monté;
fui leyendo a Victor Hugo:
tan a gusto me encontré
que en un instante llegué
frente a los muros de Lugo.

Café Bar AVENIDA

—o— GENERAL MOLA, 16 —o—

—Dime, amor, ¿dónde te espero?
—¡En dónde va a ser mi vidal
Donde hay calidad y esmero,
donde es Justo el camarero.
en el Bar Café Avenida.

Luis Villar Blanco

Radiólogos. - Fuente de S. Antanio

No, ¡por Dios!; no son manías
Se lo puedo comprobar.
Cientos de radiografías
observo todos los días
y nadie iguala a Villar.

Sanatorio VILLAR IGLESIAS

UROLOGÍA

Si hablan mal de don Manuel,
es para mi una blasfemia.
De no haber sido por él,
hubiese muerto en aquel
agudo ataque de uremia.

Manuel Álvarez Álvarez

Médico - Cirujano. - Senra, 25

Me ha curado este doctor
de una manera absoluta,
cuando, al volcar el tractor,
me sobrevino, ¡ay dolor!,
la fractura conminuta.

Felipe Lorenzo Ruza

ESPECIALISTA EN INFANCIA
VIRGEN DE LA CERCA,

¡¡El niño!! ¡Qué cara tienel
¡Mira, Juan, qué lengua sucial
Llama al doctor para el nene,
que, en cuanto Ruza interviene,
ya la impaciencia no acucia.

Sanatorio BALTAR

CARRERA DEL CONDE, 1

Era mi estado apremiante,
intervino don Ramón;
limpiamente, en un instante,
bien ha sacado adelante
difícil trepanación.

Clinica «La Rosaleda»

DR. FERNANDEZ ALBOR

Pasé por «La Rosaleda»
y conocí a un gran doctor.
Gratitud en mi alma queda
para sus manos de seda,
señor Fernández Albor.

Luis Sánchez Harguindey

CARDIOLOGO. - GENERAL PARDIÑAS, 1

La doliente desahuciada
en reflexiones se abisma,
mas, por Harguindey tratada,
se ha visto, por fin, curada,
del peligroso aneurisma.

Luis Martínez Cereijo

MATERIAL CIENTIFICO. - RAYOS X

Luis Martínez especula
ya en el café, ya en la calle.
Al vender, su voz modula;
es atento, mas no adula.
¡No le falta ni un detalle!

Gran Café ESPAÑOL

RUA DEL VILLAR, 37

Todos bajo un mismo techo,
aun cuando en peñas aparte,
debaten con gran provecho
la Medicina, el Derecho,
la Literatura y el Arte.

HOTEL ESPAÑA. - RUA NUEVA, 40

Al Hotel España fui
por amigos enviado,
y fué tal el trato dado
que, al poco tiempo, volví.
Haciendo una reflexión
sobre aquesta preferencia
encontré la consecuencia
en los cuadros del patrón.

Hijos de Felipe García

DROGUERIA Y PERFUMERIA
CALDERERIA. 30

—En la sección de droguería—
El dependiente: «¿Que quiere Vd.,
resalada?»

La muchacha: «Usted me llama
así y mi señora me manda aquí
por sosa»

—En la sección de perfumería—
La compradora: Ya sabrán uste-
des que ahora les llaman imperia-
listas, porque cada día aumentan
ustedes las colonias.

Casa Ceinos. - Tejidos, Novedades

HUERFANAS. 1

En Casa Ceinos me interno
para comprar un abrigo.
Pasan uno y otro invierno;
el paño resulta eterno.
¡Tal vez acabe conmigo!

Domingo García Sabell

MEDICO. - GELMIREZ,

A este doctor llegó un cliente
con síndrome extraordinario,
y Domingo, genialmente,
ha aplicado a aquel paciente
un ensayo literario.

LA NORMA. - MERCERIA

BAUTIZADOS, 1

De gente un enorme río
en alabanzas se abate,
en La Norma, lector mío,
contemplando el señorío
que ofrece su escaparate

Restaurante Bar VICTORIA

BAUTIZADOS.

En mi lápida mortuoria
grabarán esta inscripción:
«Comí siempre en Bar Victoria,
saben sus platos a gloria;
nunca sufrí indigestión».

Juan Lorenzo Pérez

Fábrica de Parrillas

Parrilla - rallador "EL COCINERO"

Couto Alto, 17. - VIGO

Ya mi esposa no demora
su culinaria labor.
La comida está a su hora,
porque emplea siempre ahora
la parrilla—rallador

Angel Estévez Iglesias

Almacén de Paquetería

Desde Mellid hasta Muros,
de Finisterre a Lalín,
mil compradores seguros
vienen a gastar sus duros
al pie de San Agustín.

Antonio Beiras García

OCULISTA. - POLICARPO SANS, 20

Pois, señor; eu era un cego
de camiños e de feiras,
mais un día un día o noso crego
falóume do doutor Beiras.
Fun a clínica de Vigo,
miróume, fixo un inxerto;
ganéi a vista e un amigo;
pra él o meu peito aberto.

